LA ATLÁNTIDA. EVOLUCIÓN PLANETARIA Y ORIGEN DEL HOMBRE

Edouard Schuré

ÍNDICE

LA EVOLUCIÓN PLANETARIA Y EL ORIGEN DEL HOMBRE

LA ATLÁNTIDA Y LOS ATLANTES

APÉNDICES

EVOLUCIÓN PLANETARIA, Y ORIGEN DEL HOMBRE

LEMURIA, LA ATLÁNTIDA

«Los dioses piensan de manera completamente distinta a los hombres. Los pensamientos de los hombres son imágenes; los pensamientos de los dioses son seres vivos»

Capítulo **I**

EL ENIGMA DE LA ESFINGE Y LA SABIDURÍA PRIMORDIAL

La finalidad de la sabiduría es resolver el enigma del hombre, término último de toda la evolución planetaria. Este enigma engloba el enigma del mundo ya que el pequeño universo humano o microcosmos es espejo y síntesis del grande o macrocosmos. Constituidos por los mismos principios, ambos son expresiones diferentes, aunque concordantes, del invisible Creador visible en sus obras, del Espíritu soberano al que llamamos Dios.

Ningún símbolo expresa más elocuentemente el entrelazado enigma de la naturaleza y el hombre como la antigua esfinge del Egipto inmemorial. El pensamiento humano, los pueblos y las religiones, se miden descifrando su sentido.

Desde hace aproximadamente diez mil años, es decir, desde el origen de las primeras civilizaciones africanas y asiáticas anteriores a nuestras civilizaciones europeas, la colosal esfinge de Gizeh, esculpida en la roca y recostada sobre las amarillas arenas del desierto, interroga a los peregrinos con preguntas temibles. De su forma muda y de su frente altiva surge un lenguaje sobrehumano, más impresionante que todas

las lenguas habladas. «Mírame -dice- soy la Esfinge-Naturaleza. Ángel, águila, león y toro; tengo la faz augusta de un dios y el cuerpo de una bestia alada y rugiente. No posees ni mi grupa, ni mis garras, ni mis alas, pero tu busto se parece al mío. ¿Quién eres? ¿de dónde vienes? ¿a dónde vas? ¿has salido del limo de la tierra o desciendes del disco radiante de ese glorioso sol que nace allá abajo en las montañas arábigas? Yo soy desde siempre, desde siempre sé, yo veo eternamente. Pues soy uno de los Arquetipos eternos que viven en la luz increada... pero... me está prohibido hablar de otra manera que con mi presencia. Tú, hombre efímero, viajero oscuro, sombra fugaz, busca y averigua. Si no, desespera».

A lo largo de la historia, tanto las mitologías como las religiones y las filosofías han respondido de mil maneras a la pregunta lacinante, al mandato imperioso de la bestia alada. Han apaciguado la sed de verdad que arde en el corazón del hombre pero no la han satisfecho. Pese a la diversidad de dogmas y ritos todas coinciden en un punto esencial. A través de sus cultos, de sus símbolos, de sus sacrificios, de sus reglas, de sus promesas, estos guías espirituales no han dejado de decir al hombre: «Vienes de un mundo divino y, si quieres, puedes retornar a él. En ti existe lo efímero y lo eterno. No te sirvas de lo primero sino para desarrollar lo segundo».

El cristianismo prometió la verdad a los más humildes e hizo que se estremeciera de esperanza la

humanidad entera. Desde su advenimiento, las almas han sido acunadas durante casi dos mil años con la leyenda del paraíso perdido por el pecado del primer hombre y con la de la redención que el sacrificio de un dios obtuvo para la humanidad degenerada. Pero la forma infantil del popular y sugestivo relato no satisface ya al hombre adulto que se ha adueñado de las fuerzas de la naturaleza, a ese hombre que, semejante al incrédulo Tomás, pretende desvelar con su razón todos los misterios.

Y hete aquí que el hombre actual se ha enfrentado a la antigua esfinge cuya pregunta, siempre repetida, irrita y perturba a pesar suyo al buscador intrépido. Cansado al fin, exclama: «Esfinge eterna, tu vieja pregunta es estúpida y vana. No existe ningún Dios. Y si existiera en alguna parte, en una región inaccesible a mis sentidos, no quiero saber nada suyo y pasaré sin él. Los dioses han muerto. Ni hay absoluto alguno, ni Dios supremo, ni causa primera. Lo único que existe es un continuo torrente de fenómenos que se siguen como las olas y ruedan en el circulo fatal del universo. Esfinge decepcionante, tormento de sabios, espantajo de muchedumbres: ya no te temo. Nada me importa saber qué casualidad me hizo salir de tus flancos. Pero puesto que he nacido, escapo a tus garras. Me llamo voluntad, razón, análisis, y todo se inclina ante mi poder. Porque así ocurre, soy tu amo y tu presencia es inútil. Desaparece en la arena, vano simulacro del pasado, fantasma postrero de los desvanecidos dioses,

y déjame la tierra donde por fin derramaré la libertad y la dicha».

Así habla el nuevo hombre, el superhombre de una ciencia que solo es la ciencia de la materia. La esfinge incomprendida por la humanidad actual, la esfinge que ha perdido su aureola, su disco de oro del tiempo de los faraones símbolos del sol alado, que ha perdido su poder de hacer hablar a los dioses a través del alma humana en el silencio de los templos, la esfinge que se desmorona en el desierto, la esfinge calla. El superhombre triunfante se contempla en el espejo de su ciencia.

Y retrocede asustado. Pues se ve a sí mismo bajo la imagen de un gorila de cuerpo peludo y rostro prógnata que, haciendo muecas, le grita: «Este es tu antepasado... saluda a tu nuevo Dios». Ante esta visión el superhombre tiembla de horror y se siente humillado por su implacable ciencia. En las profundidades de su conciencia escucha una voz que le parece ser la de la lejana esfinge, sutil como una onda aérea y armoniosa, como el murmullo que surge de la estatua de Memnón ante el primer rayo de sol: «¡Hombre insensato que crees descender del gorila, merecerías no superarlo! Tu mayor crimen es haber matado a Dios».

Este es el estado de espíritu que la ciencia sin alma y sin Dios ha creado en la humanidad. De él proceden el agnosticismo y el materialismo que señorean la mentalidad contemporánea. Dice el agnóstico: «nunca averiguaremos el fondo de las cosas; dejemos pues de

preocuparnos de ello». El materialismo afirma: «no existen sino la materia y el instinto; saquemos el mejor partido posible». El resultado de ambas doctrinas es idéntico: fatalismo en historia y en filosofía, realismo en arte, supresión del sentimiento religioso y de la idea divina. Se pretende emancipar al hombre liberándolo de la idea de Dios y se le hace esclavo de la materia. Decapitando al universo se decapita a las personas. Se sobreentiende que no confundo aquí la propia ciencia, admirable en su trabajo de observación y clasificación, con los vulgarizadores fanáticos que teorizan el agnosticismo y el materialismo. Estos últimos son los que arrojan un velo negro a través del cual el mundo aparece como un cementerio.

Hace tiempo que son legión los que se rebelan contra este velo cuyos pliegues innumerables ocultan el universo viviente y encadenan el pensamiento. Pero ¿dónde encontrar la espada de luz que lo desgarre?

Unos recurren a la vieja metafísica cuyos conceptos abstractos, sin poder sobre la naturaleza viva, no suministran más que armas embotadas. Otros se resignan a la *filosofía de los compartimentos estancos* que pone a la ciencia en un sitio y a la moral religiosa en otro, filosofía que conduce a una impotencia total pues corta al hombre en dos. Los de más allá retoman sin comprenderlos los dogmas de la iglesia, y buscan consuelo en sus ritos cuya magia se perdió al tiempo que su sentido sublime. Dichos ritos pueden todavía apaciguar la inquietud pero no procuran la verdad.

¿Dónde está la espada de luz que traspase a la vez las tinieblas del alma y los abismos de la naturaleza para volver a encontrar a Dios en ellos? ¿Es dueña del mundo una ciencia que mata? ¿La sabiduría fuente de vida solo es una palabra huera? Esto es lo que muchos afirman y lo que creen casi todos.

Y sin embargo existe una sabiduría primordial, trascendente, eterna, en la que reside el conocimiento pleno. Antes fluía desbordada como el Ganges que cae desde las nieves del Himalaya. Hoy apenas parece un delgado hilo de agua que corre sobre un cauce de guijarros. Pero nunca ha desaparecido por completo. Esta sabiduría procede de otras facultades que las que usa la ciencia actual. La intuición no es sino un pálido reflejo y su primera etapa. Se llama videncia, contemplación de lo divino, comunión viva con el Eterno. Esta sabiduría procede de la luz interior que se enciende en el hombre en un determinado punto de su desarrollo. Penetra a través del mundo astral, laboratorio de las fuerzas creadoras, hasta el mundo espiritual origen de las cosas. Las traducciones que de esta sabiduría nos dan el lenguaje y el arte humanos son oscuras e imperfectas. Pero su fuente es pura y radiante pues brota bajo el influjo directo de las potencias espirituales que han creado el mundo. Los sabios primitivos no solo vieron estas potencias sino que contemplaron interiormente los grandes misterios de la creación, quiero decir los sucesivos aspectos que revistió el sistema solar antes de la formación de la tierra. Los contemplaron en los

clichés vivaces que flotan en la luz astral para el ojo del espíritu puro, y dieron a los planetas los mismos nombres que a las fuerzas cósmicas que los modelaron.

Esta es la razón por la que los planetas se transformaron en dioses mitológicos[1]

Los grandes ocultistas y los grandes místicos de los siglos XVI y XVII poseyeron algunos destellos de esta sabiduría primordial que fue una videncia sublime. Heinrich Khumrath trata de resumirla en su *Teatrum sapientae aeternae*[2]; Jacob Boehm se aproximó a ella como visionario en su *Aurora*[3] Paracelso la estudia en su tratado sobre la *Astronomía Magna.*

1.Los grandes astrónomos del siglo XVI que formularon las leyes de la mecánica celeste -Copérnico, Galileo, Kepler, etc.- tenían de los astros una idea muy parecida a la de los magos de Caldea y los sacerdotes egipcios. Escuchemos por ejemplo lo que dice Kepler: «La creación entera constituye una sinfonía maravillosa, tanto en el orden de las ideas y del espíritu como en el de los seres materiales. Todo se encadena y está mantenido por relaciones mutuas indisolubles; todo forma un conjunto armónico. En Dios encontramos la misma armonía, una armonía suprema. Pues Dios nos ha creado a semejanza suya y nos ha dado la idea y el sentimiento de la armonía. Todo lo que existe es vivo y animado, porque todo lo que existe es seguido y ligado. No hay astro que no sea un animal y que no tenga alma. El alma de los astros es la causa de sus movimientos y de la simpatía que une los astros entre sí. Ella es la que explica la regularidad de los movimientos naturales» KEPLER, *Harmonices Mundi,* 1619

2.Véase el estudio que le consagró Stanislas de Guaita incluido como apéndice en FAMA FRATERNITATIS Y CONFESSIO, Muñoz Moya editores, Sevilla, 2000

3.Existe traducción castellana. Aurora, Ediciones Alfaguara, Madrid 1979.

Leibnitz la presintió llamándola perennis *quaedam pbilosopbia.* El gran teósofo actual Rudolf Steiner la bautiza *Urweltweisheit,* palabra intraducibie cuyo sentido aproximado es el de *«sabiduría de la fuente de los mundos»4.*

4. «Lo que el hombre adquiere mediante la inspiración y la videncia no es sino un reflejo de las potencias espirituales que han creado el mundo. El relojero tiene una idea del reloj y lo construye según su plan. Una vez construido el reloj podemos encontrar la idea que ha presidido su construcción desmontando el aparato. Esta es la situación del hombre frente a la sabiduría divina y creador. Esta sabiduría existía antes que nuestro mundo existiera: era el plan del mundo. Dicha sabiduría fue comunicada al hombre más tarde. Son las ideas expresadas por los dioses». RUDOLF STEINER. Notas tomadas en las conferencias de abril de 1909.

Capítulo II

EL FUEGO PRINCIPIO Y LA JERARQUÍA DE LAS POTENCIAS

El núcleo de la antigua ciencia oculta, que los rishis de la India formularon por vez primera, consistía en la doctrina del fuego-principio, urdidumbre del universo e instrumento de los dioses.

El agente universal y la sustancia de las cosas es Agni el fuego creador, Agni el fuego escondido en todo, el fuego originario e invisible del que la luz, la llama o el humo no son sino manifestaciones exteriores. Por una parte el fuego es la forma elemental de la materia. Por otra como el vestido y, de alguna manera, el cuerpo de los dioses, el medio del que se sirven para actuar en el mundo. Agni: camino ardiente por el que el espíritu desciende a la materia, sendero luminoso por donde la materia vuelve a subir al espíritu.

Esta antiquísima doctrina del fuego-principio que empapa e ilumina los Vedas[5] con su poesía adivinatoria, reaparece posteriormente formulada de manera cientí-

---

5. Según !a tradición, los Vedas son los libros más antiguos que existen, una verdadera Biblia hindú anterior en mucho tiempo a la Biblia hebrea. Los textos primitivos se desperdigaron hasta que muchos años después un rishi los coleccionó ordenadamente en su forma actual. Este rishi llamado Viasa, que significa el que ordena, vivió según parece en la segunda edad o *yuga* del mundo.

fíca en el más grande filósofo griego de la escuela jónica: Heráclito de Efeso[6]. Heráclito consideraba al fuego como principio del universo visible. «El fuego es el elemento generador; todo nace de sus transformaciones: rarefacción y condensación. Cuando el fuego se condensa se hace vapor; si el vapor adquiere consistencia se transforma en agua; mediante una nueva condensación el agua se hace tierra». Esto es lo que Heráclito llama el *movimiento de arriba abajo.* Inversamente, cuando la tierra se rarifica se hace agua; de ella procede casi todo a través de una evaporación que se efectúa en su superficie. Este es el movimiento de *abajo arriba.* Añadamos que el fuego no solo es el principio vivificador sino también el principio destructor. El universo fue engendrado por el fuego y el fuego lo disolverá[7].

---

6. Véase Heráclito, *Fragmentos,* 30, 31, 64-67, 76, 84a, 89, 90.

7. Es interesante comparar la vieja idea de Heráclito según la que todo el mundo visible procede del fuego, es decir, del calor, con algunos descubri mientos de la astronomía moderna basados en el estudio espectroscópico de las estrellas. Parece que las diferencias esenciales que existen entre los diferentes tipos de estrellas desde el punto de vista de su composición química, se deben a temperaturas diferentes. Cuando la temperatura aumen ta, las rayas espectrales de los elementos químicos ordinarios son substitui das por las «rayas reforzadas» que son más simples. Ello parece indicar un disloque de los elementos químicos en lo que han sido llamado «protoelementos» Cuando la temperatura sigue aumentando, estos protoelementos se descomponen a su vez en otros elementos cada vez más ligeros y simples, para llegar finalmente a la transmutación de todos ellos en hidrógeno y helio. De estas investigaciones se deducen dos grandes ideas: *la de una evolución química y térmica de las estrellas* y. la de la transmutación de los elementos químicos mediante el calor.

Digamos inmediatamente que toda la cosmogonía de nuestro sistema planetario se resume en estos dos movimientos de arriba abajo y de abajo arriba. Ello se debe a que acompañan el descenso del espíritu a la materia y la nueva ascensión de la materia hacia el espíritu. Heráclito de Efeso depositó en el templo de Diana su libro sobre el fuego-principio. Con ello quiso subrayar que su saber procedía de la iniciación de los dioses, de su inspiración, y no solo de la reflexión y la razón. En esta época la filosofía era esencialmente intuitiva y sintética. Se transformó en analítica con la Escuela de Eleas[8], y en dialéctica con Sócrates, Platón y Aristóteles.

Veamos a continuación las opiniones al respecto del más sabio y más clarividente teósofo contemporáneo. Estas opiniones traducen a lenguaje científico de hoy la doctrina oculta de los cuatro elementos y del fuego-principio. Rudolf Steiner escribe:

«Para comprender esta antigua doctrina santa que nos llega de Oriente es preciso relacionar el fuego con los cuatro elementos cuyo sentido ya no entiende el materialismo contemporáneo. Esotéricamente hablan-

---

8. Se llama así a una escuela de filósofos griegos anteriores a Sócrates que floreció en la ciudad de Eleas durante los siglos VI y v antes de Cristo, cuyo máximo representante fue Parménides de Eleas. Suele contraponerse a la escuela de Efeso, de la que Heráclito es el máximo representante. Mientras este afirmaba que todo fluye, que no nos bañamos dos veces en el mismo río, los eleáticos afirmaban que la realidad es continua y eterna, inconmensurable con el pensamiento humano, y adecuada a un principio para el que la nada es siempre nada y el ser siempre ser. Véase José Antonio Míguez, Escuela de Elea, Fragmentos, Aguilar, Madrid 1962.

do los elementos no son cuerpos simples e irreductibles a la manera como lo piensa la química moderna, sino estados sucesivos de la materia. La *tierra* es estado sólido (en este sentido el hielo es tierra). El *agua* es el estado líquido (en este sentido el mercurio y el hierro fundido son agua). El *fuego o calor* es un estado más fino y sutil que el aire. Podríamos llamarle *materia radiante* (el término es de Crookes). El fuego se diferencia de los otros tres elementos en primer lugar porque los penetra y penetra todo lo existente, en tanto que ellos están separados entre sí. Otra diferencia consiste en que podemos tocar los sólidos, los líquidos y los gases: se perciben desde el exterior a causa de un cierto grado de resistencia. Un cuerpo ardiente se puede tocar. Pero el calor también está dentro, hecho que conocía la sabiduría antigua. El fuego es simultáneamente un elemento exterior e interior al hombre y a todo lo que existe. Los sabios decían: La *materia se transforma en alma mediante el Juego. Hay alma en el fuego y fuego en el alma»*.

«Por lo tanto el fuego es la puerta por la que, desde el exterior, se penetra al interior de las cosas. Cuando miramos un objeto que arde vemos dos cosas en el fuego: el humo y la luz. Pero ¿los vemos? Eso es lo que se cree aunque no es cierto. Lo que vemos son objetos sólidos, líquidos o gaseosos, iluminados por la luz; no vemos la luz en sí. Por lo tanto la luz física es una realidad invisible. Yendo del fuego a la luz entramos en lo invisible, en lo etéreo, en lo espiritual. Con el humo

sucede al revés. Cuando algo arde asistimos al paso de lo material a lo espiritual, a la producción de la luz. Pero el paso se paga con el humo opaco. Con el humo, el fuego encierra un elemento espiritual en la materia. Nada nace aisladamente. Todo proceso se paga mediante un retroceso inverso y proporcional. Donde se produce luz también se producen tinieblas. El aire nace del fuego transformado en humo; el agua del aire condensado en líquido, y la tierra del líquido solidificado. Desde este punto de vista *el universo entero es fuego y espíritu embrujados en la materia*».

Cuando penetramos con esta óptica la máquina del mundo y contemplamos como circula por sus venas el agente universal, el fuego sutil y todopoderoso, comprendemos mejor la fuerza y la majestuosidad del culto de los Aryas[9] primitivos. Glorificaban el fuego porque veían en él el trono, la sustancia y la vestimenta de los dioses.

Antes de resumir la evolución planetaria debemos hacernos una idea de las potencias que intervienen en el drama cósmico. Los antiguos sabios colocaron a los dioses sobre un trono de fuego y de luz porque esas fuerzas son sus elementos. Intentemos enumerarlos de

---

9. Literalmente «santo». Nombre de una raza que llegó a la India en el período védico (véanse notas 5 y 39). Originariamente era el nombre de los rishis que habían dominado las cuatro sublimes verdades que la miseria y el dolor son los compañeros inevitables de la existencia física, que el sufrimiento es intensificado por las pasiones humanas, que la destrucción y extinción de todos los sentimientos es posible para el hombre «en el sendero», y la vía o senda que conduce a dicho resultado.

abajo arriba, en el mismo orden ascendente que sigue la inteligencia humana. Después los veremos actuar de arriba abajo siguiendo el orden descendente de la creación.

El Antiguo Testamento resume la jerarquía de las Potencias -facultades de Dios en acto- en el sueño de Jacob[10] que ve como los ángeles bajan y vuelven a subir los escalones del universo. Este sueño representa simbólicamente la jerarquía del mundo invisible que es el que sustenta y mantiene al mundo visible. Comentado esotéricamente pone de manifiesto una ciencia más profunda aún que la que brota de nuestros microscopios y telescopios.

Escalad los grados de la materia y encontraréis el Espíritu. Subid los peldaños de la conciencia humana y encontraréis a Dios. De la misma forma que más allá de los cuatro elementos hay otros elementos más sutiles, por encima de los cuatro reinos visibles de la naturaleza -mineral, vegetal, animal y humano- existen reinos correspondientes a diferentes estados de la materia imponderable. Son las esferas de los Asuras y los Devas de la India, los Elohim de Moisés" los dioses

---

10. Génesis XXVIII, 12 y 55. Este sirve de referencia a numerosas obras herméticas. Es la primera plancha del MUTUS LÍBER o Libro Mudo (alquimia), se encuentra comentado en DE SIGNATURA RERUM, de Boehme, etc.

11. Aelohim es el plural de la palabra con la que caldeos y hebreos designan al ser supremo. Literalmente significa EL-ellos- los que-son. Según Fabre d'Olivet esta palabra sirve para designar al conjunto formado por la divinidad -EL- y todas las demás potencias celestiales inferiores hasta llegar al hombre.

griegos, formas antropomorfas de dichos estados. La tradición esotérica cristiana, cuyos orígenes se remontan a Dionisio Aeropagita[12] los divide en nueve categorías, agrupadas en tres ternarios, que forman un todo orgánico.

Todos los pueblos han creído y todos los profetas han dicho que por encima del hombre existen los *Angeles,* los Feruer de los Persas, los Genios de los latinos, a todos los cuales se identifica a veces con el Yo superior y eterno del hombre. Sin embargo el ángel difiere de este yo superior al que está encargado de despertar. Esotéricamente los ángeles también se llaman *los hijos de la vida.* Uno de ellos acompaña la personalidad de cada hombre. Su misión consiste en seguirle y guiarle de encarnación en encarnación. El elemento del ángel es el *aire.* Por encima de los ángeles están los *Arcángeles,* los Asuras de los hindús, que dominan el alma de las naciones. Su elemento es el fuego. La tradición oculta los considera como los factores más activos de la vida general de la humanidad: trazan las grandes líneas de ésta y vigilan sus múltiples movimientos. Más allá de los arcángeles reinan los Principios (llamados apcpai por Dionisio Aeropagita), o espíritus de la personalidad y de la

12. Se le cita nominalmente en los Hechos de los Apóstoles como uno de los que se convirtieron oyendo predicar a San Pablo en el Areópago de Atenas. Fue obispo de Corinto y sufrió persecución en tiempos de Diocleciano. Siglos después su nombre se unió a algunos escritos teológicos de origen desconocido de hacia el siglo V, que son los que circulan atribuidos al Pseudo Dionisio Aeropagita.

iniciativa cuyo papel podría definirse con el término *los Comendadores*. Ellos fueron quienes dieron el primer impulso a los arcángeles durante el periodo saturnino y durante el solar. También son ellos quienes presiden los grandes movimientos de la humanidad y las revoluciones, así como la actuación de las grandes personalidades que cambian la faz de la historia.

Este es el primer grupo de potencias espirituales que se encuentran por encima del hombre y al que por antonomasia puede llamarse trabajadores del laboratorio planetario, ya que su actividad es la más ardiente y compleja y penetra profundamente tanto en la materia como en los arcanos de la individualidad humana.

Después viene la segunda triada de potencias. Son los Devas propiamente dicho de los hindús. Dionisio Aeropagita los ha llamado *Virtudes, e^ovoiai, Dominaciones, Svvafieio,* y *Principados, (peipioxe.* Hay que considerarlos como dominadores y ordenadores de todo el sistema planetario. Estos espíritus soberanos son intermediarios entre las potencias inferiores y las superiores y están más cerca de la divinidad que del hombre. Podríamos llamarlos *los Intachables* pues no pueden descender al abismo de la materia como los ángeles aunque tampoco pueden como ellos amar al hombre al que dieron aliento y vida. Estas potencias son las que han creado el vacío en las esferas planetarias a donde vienen a precipitarse las fuerzas del infinito. Guardan el equilibrio de todo el sistema y constituyen

su norma. Son los Elohim de Moisés y los creadores de la tierra.

Muy por encima de cualquier concepción o fantasía humana se eleva en orden ascendente la tercera triada de potencias.

Los *Tronos* son las potencias supremas del don de sí y del sacrificio. Después veremos el papel fundamental que han tenido en el origen de nuestro sistema planetario. Los *Serafines* (cuyo nombre caldeo significa amor), y los *querubines* (palabra que tiene el sentido de sabiduría y fuerza infinitas) están tan cerca de Dios que reflejan inmediatamente su luz. Las potencias inferiores no podrían soportar su esplendor deslumbrante ni el relampagueo de su brillo. Los Serafines y los Querubines se la transmiten tamizándola y condensándola en formas radiantes. Ellos mismos revisten tales formas empapándose de amor y sabiduría. Se sumergen en el seno de la trinidad divina y salen de ella fulgurantes pues los pensamientos de Dios se incorporan a su esencia espiritual. No trabajan, resplandecen; no crean, despiertan. Son rayos vivos del Dios impenetrable.

Resumamos. La TRIADA INFERIOR (Angeles, Arcángeles y Principios) es la de las *potencias combativas* a las que corresponde el trabajo más duro. Tienen por campo de batalla la tierra, y como objeto al hombre. La TRIADA MEDIA (Virtudes, Dominios y Principados) es la de las potencias *ordenadoras y equilibrantes* que actúan en el conjunto del sistema

planetario. La TRIADA SUPERIOR (Tronos, Querubines y Serafines) es la de las potencias radiantes e inspiradoras que actúan en el conjunto del cosmos. Forman parte de la esfera divina propiamente dicha pues, por esencia, están como Dios fuera del espacio y del tiempo aunque manifiestan en ellos a la divinidad.

Añadamos que cada orden de potencias de esta vasta jerarquía recibe el influjo de las superiores y actúa sobre todas las que están debajo, aunque no sobre las que están encima.

Señalemos también que las esferas de actividad de las potencias se penetran sin confundirse, y que las condiciones de espacio y tiempo varían en cada ternario de la jerarquía. La esfera de ángeles, arcángeles y principios que es la inmediatamente superior al hombre y en la que se sumerge durante el sueño, es la *esfera astral* también llamada *esfera de la penetrabilidad.* En ella reina la cuarta dimensión, es decir, que los seres se penetran sin confundirse. Las distancias están suprimidas o modificadas. Las cosas se unen inmediatamente por simpatía o antipatía. La esfera de las potencias del segundo ternario es la *esfera espiritual* que podríamos llamar también la *esfera de la expansión* y la concentración. Dominan en ella las dimensiones quinta y sexta, es decir, la creación en el vacío mediante la afluencia de fuerzas del infinito. Con el tercer ternario entramos en la más elevada esfera divina, la del Infinito y el Eterno, que está por encima del tiempo y de espacio pero que los rige.

La escala de las potencias tiene al fuego-principio como trono, por centro la trinidad divina, y como corona la triada seráfica. La luz, la vida y la verdad se proyectan desde arriba bajo el efluvio de los tres Verbos, a través de los Elohim y los arcángeles, para clavarse en el hombre con la llama de Lucifer. Todos los rayos divinos se concentran en el hombre para que en él vuelva a brotar un ser, una luz y un verbo nuevos.

Mediante esta cadena Dios-los-Dioses[13], los Elementos y el Hombre forman un todo solidario e indivisible que se genera, se organiza, y evoluciona de manera constante, paralela e integral. Los dioses superiores engendran a los dioses inferiores los cuales, a su vez, engendran a los elementos cuya materia no es sino apariencia y de los que el hombre, en germen en ellos desde el principio, se transforma poco a poco en centro y eje.

Contemplado de arriba abajo, este cuadro muestra el rayo por el que los dioses ven el mundo del hombre: es el lado de la luz. Visto de abajo arriba representa el prisma por el que el hombre percibe el mundo y los dioses: es el lado de la sombra.

Veamos ahora el trabajo de las potencias en la creación.

---

13. Dios-los-Dioses es una de las traducciones de la palabra hebrea Aelohim. Véase la nota 11.

Capítulo III

EL PERIODO SATURNIANO,
EL SACRIFICIO DE LOS TRONOS.
EL DESPERTAR DE LOS PRINCIPIOS

En todo el universo se manifiesta la ley del movimiento eterno, la ley de la rotación y, junto con ella, la ley de la metamorfosis o reencamación. Esta ley de los avatares (o renacimiento de los mundos tras largos años de sueño cósmico en formas próximas pero siempre nuevas) se aplica tanto a las estrellas como a las plantas, a los dioses y a los hombres. Es la condición misma de la manifestación del Verbo divino, de la radiación del Alma universal a través de los astros y de las almas.

Nuestra tierra ha tenido tres avatares antes de llegar a ser la tierra actual. En principio estuvo mezclada como parte indistinta a la nebulosa primitiva de nuestro sistema. En la cosmogonía oculta esta nebulosa se llama Saturno. Nosotros la llamaremos primer Saturno para no confundirla con el Saturno actual que le sobrevivió como desecho. Después la tierra formó parte del Sol primitivo que se extendía hasta el limite actual de Júpiter. A continuación se desprendió del Sol primitivo para formar un solo astro junto con la Luna. En la cosmogonía oculta este astro se llama pura y simplemente Luna. Para distinguirla de la Luna actual

la llamaremos Tierra-Luna. Finalmente la Tierra, expulsando a la Luna de su seno, llegó a ser la Tierra actual.

El germen del ser humano ya existía en el Sol primitivo en forma de embrión etérico. En la Luna primitiva o Tierra-Luna, empezó a existir como ser vivo disponiendo de un cuerpo astral en forma de nube de fuego. Sólo en la Tierra actual conquistó la conciencia del yo al desarrollar órganos físicos y espirituales. Indicaremos estas etapas más adelante al hablar de la Atlántida y los atlantes.

Durante estos avatares sucesivos del sistema planetario, los dioses o Elohim de las jerarquías superiores desarrollaron los Elohim de las jerarquías inferiores: Principios, Arcángeles y Angeles que, con su ayuda, fueron quienes guiaron la Tierra y el hombre.

Los períodos planetarios de los que vamos a hablar se extienden a lo largo de millones y millones de años. Estas épocas del mundo cuyos reflejos aún vibran en la luz astral han sido descifrados desde tiempo de los rishis por la videncia de los grandes Adeptos. Con su sentido interior los han visto desarrollarse en panoramas inmensos. De edad en edad han transmitido sus visiones a la humanidad en formas mitológicas adaptadas a los diversos grados de cultura. Los hindús llaman a estos clichés astrales imágenes de la Acacha (o luz astral). En la tradición judeo-cristiana de Moisés y los profetas, de Jesucristo y de San Juan, estas hojas arrancadas al Alma del Mundo se llaman *el libro de*

Dios. ¿No es sorprendente que la vidente de Domrémy, nuestra Juana de Arco, la campesina ignorante pero inspirada, se haya servido de esta misma expresión cuando respondía a los sarcasmos escolásticos de los doctores de Poitiers con las siguientes soberbias palabras?: «Hay más en el libro de Dios que en los vuestros». ¿Necesitamos decir qué imperfectas son siempre las traducciones de los videntes cuando tratan de expresar en lenguaje terrestre las imágenes sobrehumanas que la luz astral transporta ante ellos, no en forma inmóvil ni muerta, sino en masas vivas y como ríos desbordados? Posteriormente hay que darles un sentido y un nexo, clasificar estas visiones avasalladoras.

La nebulosa saturniana, forma primera de nuestro sistema planetario, consistía en una masa de calor sin luz. El calor es la primera forma del fuego; por ello es por lo que Heráclito decía que el mundo nació del fuego. Tenía la forma de una esfera cuyo radio media la distancia del sol al Saturno actual. En sus profundidades no lucía astro alguno ni tampoco desprendía ninguna luminosidad. Sin embargo, y debido al trabajo de las potencias que se agitaban en su seno, en el interior de la nebulosa circulaban efluvios de calor y ondas heladas. A veces, bajo la atracción de los Elohim que bajaban a ella desde el espacio inconmensurable,

se elevaban en su superficie trombas de calor de forma ovoides.

El Génesis describe esta primera fase planetaria en su segundo versículo: «Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas»

Ahora bien, los Elohim, que en el origen de nuestro mundo representaban al Espíritu de Dios, pertenecían a la más alta jerarquía de las Potencias. Eran aquellos a los que la tradición cristiana llama Tronos. Afirma esta tradición que ofrecieron su cuerpo en holocausto para que renacieran los Principios. Tales cuerpos consistían sólo en calor vital, en un efluvio de amor. En cuanto a los Principios o Espíritus del comienzo, eran seres procedentes de una anterior evolución cósmica que habían permanecido pasivos y como perdidos en la divinidad durante un largo periodo. Su naturaleza les hacía capaces de llegar a ser dioses creadores por excelencia a condición de volver a adquirir personalidad. Esta personalidad se la dieron los Tronos sacrificándoles su cuerpo, derramando en ellos toda su fuerza. De ahí procede estas trombas de calor que surgían del primer Saturno y que parecían aspirar la vida divina de los Tronos, similares al agua de las trombas de mar que se eleva en torbellinos hacia las nubes como si el cielo aspirara el océano.

La enorme nebulosa saturniana tenía su aspiración y su expiración como un ser vivo. La primera producía frío y la segunda calor. Durante la aspiración los

Principios entraban en su seno; durante la expiración se aproximaban a los Tronos y bebían su esencia. Así, cada vez tomaban más conciencia de sí mismos y cada vez se separaban más de la masa saturniana. Pero, depurándose y despojándose de sus elementos interiores, dejaban tras ellos una humareda gaseosa. Al mismo tiempo, los Elohim de la segunda jerarquía que trabajaban la nebulosa por dentro la habían puesto en rotación originando en su periferia un anillo de humo gaseoso que, al romperse posteriormente, formaría el primer planeta, el actual Saturno con su anillo y sus ocho satélites.

Sin embargo los Principios, los Dioses de la Personalidad, los grandes Iniciadores, aspiraban a la creación de un mundo..., lo esbozaban en sueños, eran portadores de sus primeros lincamientos. Pero no podían crearlo en el sombrío Saturno, esfera de niebla y humo. Para eso les faltaba ¡la Luz!..., la luz física, el agente creador. En medio de las tinieblas que les rodeaban crecía en ellos el presentimiento de esta luz creadora. ¿Presentimiento o recuerdo? Quizá recuerdo de un mundo anterior, de otro periodo cósmico, recuerdo lejano de gloria y esplendor en la noche saturniana. También presentimiento pues en el alma de los Principios ya se estremecía como alba anunciadora de auroras futuras la majestad del Arcángel, la hermosura del Ángel y la melancolía del Hombre. Pero para corporeizar este sueño hacia falta un sol en el corazón de Saturno,

una revolución en la nebulosa, alentada y estimulada por las potencias supremas.

La sombría noche de Saturno tocaba a su fin. Los Tronos adormecieron a los Principios con un sueño profundo. Después hendieron como un huracán la noche saturniana viciada de humos sofocantes para condensar su masa y volver a modelarla en astros de luz con la ayuda de las otras Potencias y el Fuego-Principio. ¿Cuántos siglos, cuántos millones de años duró este ciclón cósmico en la nebulosa en la que chocaban entre si el frío y el calor, en donde brotaban rayos multicolores cada vez más grandes en medio de la noche terrorífica? No había entonces ni sol ni tierra para medir los años, ni clepsidra ni reloj para contar las horas... Pero cuando los Principios despertaron de su profundo letargo flotaban, por encima de un núcleo de humo sombrío, sobre una corona de luz etérea en una esfera de fuego.

Había nacido el primer Sol. El astro entero, con su centro oscuro y su fotosfera, ocupaba el espacio que va I desde el sol actual hasta el planeta Júpiter. Sus nuevos amos los Principios, los nuevos Dioses que marchaban sobre un océano en llamas, saludaron la luz circundante. Entonces vieron por primera vez a los Tronos a través de los velos fluidos de las ondas luminosas, que ascendían alejándose hacia un astro lejano el cual se empequeñeció perdiéndose en el infinito donde los Tronos desaparecieron con él...

Entonces los Principios exclamaron: «Se ha acabado la noche saturniana. Henos aquí vestidos de fuego

y reyes de la luz. Ahora podemos crear según nuestro deseo pues nuestro deseo es el pensamiento de Dios».

Pero contemplando la fotosfera etérea que les envolvía, los Principios vieron en el espacio, más allá de su morada, una cosa siniestra.

Un gran círculo humeante, habitáculo espeluznante de sombríos espíritus elementales de un orden inferior, rodeaba a distancia con un anillo fatal al globo del sol naciente. Se habría dicho el caparazón negro del astro luminoso. De este anillo vagamente esbozado habría de nacer más tarde, por ruptura, el Saturno actual. Saturno, primer detritus de la creación, era el precio del Sol. Con él ya pesaba sobre este joven universo la ineluctable fatalidad que los Elohim han de vencer, pero que no pueden suprimir. Desde la primera etapa se verificaba así la trágica ley que exige que no haya creación posible sin desperdicio, luz sin sombra, progreso sin retroceso, bien sin mal.

Así fue el paso del periodo saturniano al periodo solar. Se encuentra resumido en el cuarto versículo del Génesis de Moisés con las siguientes palabras:

«Entonces Aelohim, El-los-Dioses, separó la luz de las tinieblas».

Capítulo IV

EL PERÍODO SOLAR. LOS ARCÁNGELES SON INCUBADOS POR LOS QUERUBINES. SIGNIFICADO OCULTO DEL ZODÍACO

La esfera del primer Sol llegaba hasta el Júpiter actual. Este Sol era más vivo que cualquiera de los planetas que habrían de salir de su seno. Estaba formado por un tenebroso núcleo de humo y por una inmensa fotosfera, no de metales en fusión como Ja *del sol* actual, sino de una materia más sutil, de un fuego etéreo, límpido y transparente. Un espectador que hubiera observado el sol desde Sirio, habría visto que periódicamente brillaba y empalidecía, se volvía a encender y se apagaba de nuevo. Nuestros astrónomos han observado estrellas similares en el firmamento. El Sol primitivo tenía su aspiración y expiración regulares. Su aspiración, que parecía hacer entrar en él toda su vida, le volvía tenebroso y casi tan oscuro como Saturno. Pero su expiración era un maravilloso fulguramiento que proyectaba al infinito su rueda de luz.

Ahora bien: estas tinieblas y esta luz procedían de la vida de los Dioses, de los Elohim que reinaban sobre el astro.

Los principios o Espíritus del comienzo ya habían concebido a los Arcángeles en la nebulosa saturnina.

No consistían entonces sino en Formas-Pensamientos objetivados por ellos y revestidas de un cuerpo etérico, órgano de la Forma y de la vida. En el Sol, los padres de los Arcángeles dieron también a sus criaturas divinas un cuerpo astral, órgano radiante de sensibilidad. Pues los Principios son los magos más poderosos de todos los Elohim. Por la fuerza de su voluntad pueden dar vida y personalidad a sus Formas-Pensamientos. Volviendo a ver este espectáculo reviviéndolo en sí mismo, Moisés escribió:

«Dijo Dios: que la Luz sea, y la Luz fue». Los Arcángeles crecieron bajo el aliento de los Principios llegando a ser la vida, la luz y el alma del primer Sol. ¿Es este el concepto de estrella fija? ¿Todo lo que vive de sí envía al universo la vida de los Principios? ¿Qué hacen éstos? Un Sol creado por ellos. Sus mensajeros son los Arcángeles. Dicen al universo: «Anunciamos las acciones de los Espíritus del Comienzo[14]».

Los Arcángeles fueron los hombres del primer Sol, los dominadores de dicho astro. Ahora bien, elevándose por encima del Fuego natal buscaban algo con su esfuerzo. Estando constituida su esencia por Luz y por éxtasis, buscaban la fuente divina del mundo de la que ellos mismos emanaban. En primer lugar no vieron en el universo sino las constelaciones, mensajeros de otros Arcángeles, hermanos lejanos... ¡Las constelaciones!... escritura llameante del firmamento donde el Espíritu universal escribe su pensamiento en jeroglífi-

14. Conferencias de Rudolf Steiner. Abril 1909.

eos chispeantes con miríadas de soles. Pero a medida que se desarrollaba su vida espiritual vieron en la línea del Zodiaco, acampado en un circulo prodigioso, a un ejército de Espíritus sublimes de formas diversas y majestuosas. Eran los Querubines, habitantes del espacio espiritual, los Elohim de la Armonía y de la Fuerza que, junto con los Serafines, Espíritus divinos del Amor, estaban cerca de los arcanos de Dios. Venidos en doce grupos desde todas las profundidades del cielo y acercándose gradualmente, el ejército de Querubines se concentró alrededor del mundo solar para incubar y fecundar a los Arcángeles.

Este hecho, conocido por los magos de Caldea, es el origen del nombre de los doce signos del Zodiaco, nombre que conserva la astronomía moderna. Cada una de las constelaciones fue identificada como una categoría de Querubines que la tradición oculta representa mediante animales sagrados. Los caldeos, los egipcios y los hebreos esculpían analógicamente a los Querubines mediante los símbolos del Toro, del León, del Águila y del Ángel (o del hombre). Son los cuatro animales sagrados del arca de Moisés, de los cuatros evangelistas y del Apocalipsis de San Juan. La esfinge egipcia, símbolo maravillosamente adecuado de la Naturaleza visible e invisible, de toda la evolución terrestre y divina, los resume en una sola forma. Ahora bien, estas cuatro formas esenciales del mundo de los vivos se vuelven a encontrar en los cuatro puntos cardinales del Zodíaco, con una excepción. El águila

ha sido sustituida por el escorpión. El águila mata con sus ganas y con su pico, pero sus alas representan el vuelo hacia el Sol, el entusiasmo y la resurrección. En la simbólica sagrada que no es sino la traducción del alma de las cosas, el águila significa simultáneamente muerte y resurrección. El Escorpión que, entre Libra y Sagitario, la sustituyó en el zodiaco no significa sino la muerte. Quizás este cambio es también un símbolo: a causa de su descenso a la materia, la humanidad no ha conservado sino el sentido de la muerte olvidando el de la resurrección.

Ninguna forma terrestre sabría reproducir la belleza y el esplendor de los Querubines alineados bajo los signos del zodíaco en un amplio círculo, alrededor del mundo solar, para inspirar y fecundar a los Arcángeles. Tampoco ningún lenguaje humano podría expresar los transportes y éxtasis de los Arcángeles al recibir su influjo y empaparse con pensamientos divinos. Pero, ya lo hemos dicho: este primer mundo solar tenía eclipses periódicos. Tenía sus días y sus noches, días radiantes y noches tenebrosas.

De época en época los Arcángeles se replegaban con los rayos solares al núcleo oscuro del astro y caían en un semisueño. El impulso hacia los espacios del cosmos bajo la mirada de los querubines iba acompañado por una prodigiosa emisión de luz y por una armonía grandiosa, música de las esferas. Ahora decrecía el sonido, la claridad palidecía en la penumbra y había un gran silencio en el abismo interior del astro.

Durante su éxtasis allí arriba los Arcángeles habían concebido el mundo angélico. En las amenazadoras tinieblas de ahora volvían a pensar en los querubines aunque, en el recuerdo, sus imágenes se contraían en formas de angustia, de deseo y de cólera. Estas Formas-Pensamiento engendradas por el sueño perturbado de los Arcángeles llegaron a ser los prototipos del mundo animal que más tarde habría de desarrollarse sobre la tierra. Los animales no son sino copias deformadas y, de alguna manera, caricaturas de los seres divinos.

Podría pretenderse que si los Angeles (y a través de ellos los hombres) nacieron del éxtasis de los Arcángeles en la luz, los animales nacieron por el contrario de su pesadilla en la tinieblas. El mundo animal es por tanto contrapartida y precio del mundo angélico. También aquí se aplica la ley del avance de mundos y seres mediante el rechazo de sus elementos inferiores. Veremos que esta ley se verifica en toda la escala de la creación y hasta en los menores detalles de la vida humana. El rechazo de dichos elementos no sólo es indispensable para la purificación de los elementos superiores sino también necesario como contrapeso y fermento de la evolución total. Su regresión momentánea parece una injusticia aunque si consideramos la infinitud de los tiempos no es así. Una nueva onda de vida volverá a ocuparse más tarde de ellos empujándolos adelante.

Capítulo V

FORMACIÓN DE JÚPITER Y DE MARTE. EL COMBATE EN EL CIELO. LUCIFER Y LA CAÍDA DE LOS ARCÁNGELES

Las potencias de la Segunda Jerarquía (Principios, Dominaciones y Virtudes) tienen en el sistema planetario una función de organizadores y vigilan la distribución de fuerzas. Son Potencias que actúan fundamentalmente por expansión y por concentración, trabajando el mundo solar por dentro. Bajo su impulso, el Sol primitivo sufrió dos nuevas contracciones. Dichas condensaciones sucesivas eliminaron de su núcleo oscuro dos nuevos planetas: Júpiter y Marte.

Para el ojo físico de un hombre que hubiera estado apostado en el planeta Saturno mientras que se formaban Júpiter y Marte, estos acontecimientos cósmicos sólo habrían estado marcados por la aparición de dos nuevas esferas que giraban alrededor del Sol, una de ellas brillante por dentro (Júpiter) y la otra opaca (Marte). Al mismo tiempo, el observador habría visto que la fotosfera del sol se contraía para brillar con una luz más viva y sin intermitencias. Esto es lo que ocurría en el plano físico.

Pero el alma de un vidente estaría sorprendida por un acontecimiento mucho más importante que, detrás del plano físico, se desarrollaba en el plano astral. Dicho acontecimiento, uno de los más decisivos de la evolución planetaria, se designa en la tradición oculta con el nombre de *Combate en el Cielo.* En forma de leyenda ha dejado huellas en todas las mitologías. Aparece fulgurante en la Teogonia de Hesíodo con el célebre combate de los titanes y los dioses, al que está ligada la historia de Prometeo[15] En la tradición judeo cristiana el Combate en el Cielo se llama la caída de Lucifer[16]. Este acontecimiento, que precedió y provocó la creación de la Tierra no fue accidental. Formaba parte del plan divino aunque su realización concreta fue dejada a la iniciativa de las Potencias. Empédocles[17] ha dicho «El mundo nació de dos fuerzas, el Amor y la

---

15.Prometeo aparece en la «Teogonia» de Hesíodo y en el drama de Esquilo «Prometeo encadenado». Pertenece a la raza divina de los titanes. Cuando Zeus quiere destruir a los hombres enviando un diluvio sobre la tierra, Prometeo advierte a su hijo Deucalión y le aconseja que construya un arca par salvar así a los mortales. Prometeo dio a los humanos una chispa del fuego celeste y les enseñó sus múltiples usos. A él se deben según Esquilo el alfabeto, la medicina, la industria, la navegación, etc. El robo del fuego enojó a Zeus que castigó a Prometeo creando una mujer -Pandora, véase el capitulo VII de este libro- y encadenándolo a una montaña del Cáucaso donde un águila viene a carcomerle el hígado que siempre le renace. Véase en el Apéndice el «Combate de los Dioses y los Titanes» de Hesíodo.

16.Isaías XIV, 12; Apocalipsis XII, 7; Judas 9.

17.Filósofo griego del siglo V antes de Cristo. Según su teoría todo está formado por cuatro elementos: agua, aire, fuego y tierra, los cuales se combinan y separan por efectos del amor y la discordia para originar las cosas, pero sin nacimiento ni creación: nada nace ni muere.

Guerra (Eros y Polemos)». Esta profunda idea encuentra confirmación en la tradición esotérica judeo-cristiana con la lucha mutua de los Elohim. Lucifer no es el genio del mal, el Satán en que lo transformó la tradición ortodoxa y popular. Lucifer es un Elohim como los otros, y su mismo nombre de *portador de luz* le garantiza su indestructible dignidad de Arcángel. Más adelante veremos la razón por la que Lucifer, genio del conocimiento y la individualidad libre, era tan necesario al mundo como Cristo, genio del amor y el sacrificio. Veremos como toda la evolución humana surge de la lucha entre ambos; como finalmente su armonía definitiva y trascendente debe coronar la vuelta del hombre a la divinidad. Ahora tenemos que seguir a Lucifer en su descenso hacia la tierra y en su obra creativa.

Entre todos los Arcángeles Lucifer era el representante y jefe patronímico de toda una clase de Angeles y Espíritus. Era el que había contemplado más penetrantemente y con mayor osadía la sabiduría de Dios y el plan celeste. Pero también era el más fiero y el más indomable. No quería obedecer a ningún otro Dios sino a sí mismo. Ya los demás arcángeles habían creado sus formas-pensamientos, los ángeles, prototipos aún puros del hombre divino. Estos ángeles sólo tenían un cuerpo etérico diáfano y un cuerpo astral radiante que, por su fuerza receptiva e irradiante, reunía en perfecta armonía el eterno-masculino y el femenino. Los ángeles poseían el amor, la radiación espiritual sin perturba-

ción y sin deseo de posesión egoísta puesto que, astral y espiritualmente, eran andróginos. Lucifer había comprendido que para crear al hombre independiente, al hombre de deseo y de revuelta, era necesaria la separación de sexos. Para seducir con su pensamiento a los ángeles moldeó en la luz astral la forma resplandeciente de la mujer futura, de la Eva ideal, y la mostró a los ángeles. Muchos de entre ellos se inflamaron de entusiasmo ante esta imagen que prometía al mundo alegrías y delirios desconocidos, y se agruparon alrededor del arcángel rebelde.[18]

Ahora bien, en ese tiempo se formaba entre Marte y Júpiter un astro intermedio. Aún no tenía sino la forma de un anillo destinado a condensarse en planeta después de su ruptura. Lucifer lo escogió para crear con sus ángeles un mundo que, sin pasar por las pruebas terrestres, hubiese encontrado en sí mismo su fuerza y su alegría y que, a la vez, hubiera gustado los frutos de la vida y del conocimiento sin la ayuda del Todopoderoso. Los demás arcángeles y todos los Elohim recibieron la orden de impedirlo porque un mundo semejante hubiera introducido el desorden en la creación y hubiera roto la cadena de la jerarquía divina y planetaria. La lucha ardiente y prolongada en la que se enzarzaron el

---

18. Sin duda aquí se encuentra la base de una tradición oculta que pretende que de la unión primitiva de Lucifer y Lilith (la primera Eva) nació Caín, es decir, el hombre descendido a la materia, condenado al crimen, al sufrimiento y a la expiación. Recordemos que todos los relatos de lo que sucede en el plano astral no son sino traducciones imperfectas de acontecimientos que se desarrollan en la esfera de la penetrabilidad.

ejército del arcángel rebelde y sus pares y superiores terminó con la derrota de Lucifer y tuvo un doble resultado: 1) la destrucción del planeta en formación cuyos restos son los planetoides, 2) el rechazo de Lucifer y sus ángeles a un mundo inferior, a otro planeta que acababa de ser arrancado al núcleo solar por los Principios y las Dominaciones. Este planeta era la Tierra. No la Tierra actual sino la Tierra primitiva que entonces era una sola cosa junto con la Luna[19]

Este episodio cosmogónico constituye un hecho capital de la historia planetaria, una especie de incendio astral cuyo reflejo se encuentra en todas las mitologías y en las profundidades ocultas del alma humana.

Primer destello del deseo, del conocimiento y de la libertad, la antorcha de Lucifer no volverá a iluminarse con todo su resplandor sino al sol del amor y de la vida divina, con Cristo.

---

19. En efecto la tradición esotérica admite que en este mismo período, un determinado número de Elohim que no quisieron tomar parte en la creación de la tierra y de los mundos sometidos a las duras leyes de la materia condensada, se alejaron del sol, más allá del circulo de Saturno, para crear el planeta Urano, Neptuno, y otros más. Según la videncia antigua, confirmada por la moderna, nuestro sistema solar salió primitivamente de la nebulosa saturnina. Por ello Saturno es el más antiguo de los dioses. Con él comienza el tiempo.

Capítulo VI

LA TIERRA PRIMITIVA O TIERRA-LUNA. DESARROLLO DE LOS ÁNGELES. NACIMIENTO DEL HOMBRE

La separación del sol y la tierra primitiva (realizada por las potencias de la segunda jerarquía: Principados, Dominaciones y Virtudes) tenía una doble finalidad. Primero arrancar del astro luminoso su núcleo más oscuro y más denso, ofreciendo este desecho como campo de acción al mundo luciferino para que sirviera de crisol a la humanidad naciente. Segundo, desembarazar de sus elementos inferiores al sol condensado y hacer de él el trono de los arcángeles y del Verbo mismo, permitiéndole así lucir con toda su fuerza y su pureza.

La tierra y el sol constituyeron paralela y simultáneamente dos polos del mundo físico y moral destinados, mediante su Oposición y su acción combinada, a dar una mayor intensidad a la evolución planetaria.

La tierra primitiva o tierra-luna era un astro formado por un núcleo líquido rodeado por una envuelta de gas inflamado. En su centro fermentaban todos los metales y minerales en fusión. Pero en la superficie se formó una corteza vegetal, una especie de toba leñosa y esponjosa en la que vivían enraizados parasitariamente

gigantescos seres semivegetales, semimoluscos, que extendían como árboles tentaculares sus ramas o sus brazos móviles en la atmósfera cálida. En esta atmósfera gaseosa que envolvía a la tierra-luna como un inmenso torbellino ya nadaban y flotaban, parecidos a nubecitas de fuego, los primeros gérmenes de los futuros hombres. Estos embriones humanos no tenían cuerpo físico sino sólo un cuerpo etérico o vitalidad interior, y un cuerpo astral o aura radiante a través de la que percibían la atmósfera ambiente. Tenían pues sensación, pero sin conciencia del yo. Carecían de sexo y no estaban sometidos a la muerte. Se volvían a formar sin cesar a partir de sí mismos y se alimentaban con los efluvios del aire húmedo y ardiente.

Los arcángeles habían sido los dominadores del primer sol. Sus hijos los ángeles dominaron la tierra-luna. Alcanzaron la conciencia de su yo contemplando el reflejo de sí mismos en los gérmenes humanos que poblaban el astro, insuflándoles su pensamientos que ellos les devolvían animados y vivos. Sin este milagro y este desdoblamiento ningún ser humano o divino puede tomar conciencia de sí mismo[20]. La función especial de los ángeles era la de transformarse en guías e inspiradores de los hombres en el periodo cósmico siguiente, es decir, en nuestra tierra. En la luna primitiva (o tierra-luna) fueron ellos quienes despertaron al

20. Porque el desdoblamiento es la condición primordial de la conciencia, la sabiduría rosacruz mantiene el siguiente axioma: Donde hay un Yo hay dos Yo.

ser humano en formación. Excitaron sus sensaciones y, haciéndolo, tomaron conciencia de sí mismos y de su alta misión. Bajando con Lucifer al abismo tenebroso de la materia, debían volver a ascender a su fuente divina amando al hombre, sufriendo con él y sosteniéndole en su lenta ascensión. Y el hombre debía aspirar a Dios y comprenderle a través del ángel. El ángel es el arquetipo del hombre futuro. De la elevación del hombre al estado angélico debe nacer al fin de los tiempos un dios nuevo, la individualidad libre y creadora. Pero antes de ello fue preciso el descenso en sombría espiral al doloroso laboratorio de la animalidad. Y ¿quién puede decidir cuál sufrirá más? ¿el hombre, que a medida que aumenta su conciencia de sí está más humillado y atormentado, o el ángel invisible que sufre y lucha junto a él?

Capítulo VII

SEPARACIÓN DE LA LUNA Y DE LA TIERRA. COMIENZO DE LA TIERRA ACTUAL. LA RAZA LEMURIANA. DESARROLLO DE LOS SEXOS. CAÍDA DE LOS ÁNGELES. DESTRUCCIÓN DEL CONTINENTE DE LEMURIA POR EL FUEGO

En la formación del mundo planetario todo corresponde arriba y abajo, todo se encadena, todo progresa de manera paralela: los dioses, los hombres, los elementos. Al revés de lo que enseña la actual filosofía materialista que cree poder explicar la biología a partir de la química y hacer surgir la conciencia del yo de las reacciones puramente fisiológicas, aquí todo procede de lo invisible y toma forma en lo visible. Según el plan divino, el mundo espiritual se traduce con una riqueza creciente en el mundo material. El espíritu se involucra en la materia la cual, mediante un efecto de rebote, evoluciona hacia el espíritu personificándose e individualizándose sin cesar. A cada nuevo avatar del mundo planetario, cuando nacen los planetas, todos los seres suben un grado de la escala, conservando la distancia entre ellos. Aunque estas ascensiones no pueden realizarse sin enormes desperdicios, desperdi-

cios que sirven a continuación como base y fermento de nuevas ondas de vida.

Hemos visto como actuaban estas leyes en el periodo saturnino, en el solar y en el periodo lunar de nuestro mundo. La constitución definitiva de la tierra actual nos suministra uno de los más brillantes ejemplos.

La tierra que habitamos, la *adama* de Moisés, la *demeter* de Orfeo y Hornero, nos parece viejísima a causa de la larga vida de la humanidad comparada con el corto espacio de una encarnación humana. Pero los grandes adeptos afirman que nuestro astro es aún relativamente joven en relación con su organismo actual y con el porvenir a largo plazo que todavía le reservan otros tres avatares. Su constitución en planeta tierra, tema único que nos ocupará en este capítulo, fue debida a la última gran revolución cosmogónica, es decir, a la separación de la tierra y de la luna.

En otros tiempos la luna actual era parte integrante de la tierra. Constituía lo más espeso y pesado: su núcleo. Las potencias espirituales que separaron la tierra de la luna fueron las mismas que antes habían arrancado la tierra-luna al sol. El objetivo principal de este desprendimiento fue el descenso del hombre desde el plano astral al físico, plano éste en el que, mediante el desarrollo de nuevos órganos, debía adquirir la conciencia personal. Ahora bien, este acontecimiento de importancia capital en el orden humano no era posible sino mediante la separación de la tierra y la luna

en dos polos, *siendo la tierra el polo masculino y la luna el polo femenino*[21] El desarrollo fisiológico correspondiente tuvo como consecuencia la aparición de los seres tanto en el reino animal como en el humano. La especie humana no se separó de la animalidad sino con el desdoblamiento de los seres vivos en sexos opuestos. Y con la bisexualidad entraron en acción tres nuevas fuerzas: *el amor sexual, la muerte y la reencarnación.* Agentes enérgicos de actividad, de disociación y renovamiento. Temibles aguijones y látigos de la evolución humana, su gracia y su espanto.

Sin embargo, el ser humano descendido del plano astral al plano físico atravesó las fases principales de la animalidad (pez, reptil, cuadrúpedo, antropoide) antes de alcanzar su forma actual. Pero, contrariamente a las teorías de Darwin y Haeckel, los factores esenciales a la humanidad, que a su manera atravesó las fases de las grandes especies, no fueron ni la selección natural ni la adaptación al medio, sino un impulso interior causado por la actividad de las potencias espirituales que siguieron al hombre paso a paso y lo desarrollaron gradualmente. Jamás hubiera atravesado el hombre las formidables etapas que llevan de la animalidad instintiva a la animalidad consciente sin los seres superiores que le dieron forma penetrándola y moldeándola de generación en generación y de siglo en siglo, a través de millones de años. Fue a la vez una creación y una cooperación, una mezcla, una fusión, un incesante

21. Respecto al Sol la tierra representa por el contrario el polo femenino.

rehacimiento. Como veremos, los espíritus-guía de entonces actuaron sobre la humanidad naciente de una manera doble: por influjo espiritual, o encarnándose en sus cuerpos. Así el ser humano fue amasado simultáneamente por dentro y por fuera. Por lo tanto se puede afirmar que el hombre es a la vez su propia obra y obra de los dioses. El esfuerzo procede de sí mismo. De los dioses la chispa divina, el principio del alma inmortal.

***

Tratemos ahora de imaginarnos lo que fue el animal humano en el periodo de la tierra que los geólogos llaman era primaria.

En dicha época todavía ardía el suelo movedizo de la tierra. El fuego afloraba por doquier. Lo que hoy día son los océanos se movían alrededor del planeta en una esfera semilíquida, semivaporosa, atravesada por mil corrientes cálidas o frías, hirviente en sus simas tenebrosas y gaseosa y transparente en sus partes altas. A través de estas capas oscuras o traslúcidas, torbellineantes o quietas, ya se movían numerosos ejemplares de un ser dotado de una extraña vitalidad y de una visibilidad singular.

Por inquietante que hoy nos pueda parecer este extravagante antepasado, tenía su hermosura. Se parecía menos a un pez que a una larga serpiente de un azul verdoso, de cuerpo gelatinoso y transparente que per-

mitía ver sus órganos interiores y que iridescía con todos los colores del arco iris. De su parte superior salía a manera de cabeza una especie de abanico o de panocha fosforecente. Ya aparece aquí el protoplasma de lo que en el hombre llegó a ser el cerebro. A este ser primitivo le servía simultáneamente como órgano de percepción y de reproducción.[22]

De percepción porque, careciendo enteramente de ojos y oídos percibía a distancia a través de este órgano de una extrema sensibilidad todo lo que se le acercaba y podía favorecerle o perjudicarle. Aunque esta especie de linterna, esta gran flor luminosa como una medusa de mar, también desempeñaba la función de aparato macho y fecundante. Pues la gran medusa ágil y vivaz escondía además en su cuerpo ondulante un órgano femenino, una matriz. En determinadas épocas del año estos nadadores hermafroditas eran atraídos por los rayos solares a las partes superiores y menos densas de su océano. Entonces, bajo el influjo de estos rayos, se realizaba la fecundación. Es decir, que el ser bisexuado se fecundaba a sí mismo inconsciente e involuntariamente, como todavía lo hacen hoy muchas plantas cuya semilla caída de los estambres fecunda al estigma. El nuevo ser se formaba en su seno ocupaba poco a poco el sitio del primero. Toda la vida del

---

22. La mitología celta ha conservado memoria de muchos aspectos del hombre y animales de estas épocas remotas, así como de la naturaleza. Algunas de estas descripciones pueden encontrarse en obras literarias que beben en las fuentes de esta tradición, por ejemplo en *El Señor de los Anillos* de Tolkien, o en La *Trilogía de Ransom* de C. S. Lewis.

anterior pasaba al nuevo y cuando éste había alcanzado su pleno crecimiento, se desprendía de su caparazón como hace la serpiente desprendiéndose de su armadura de escamas al mudar la piel. Por lo tanto había renovación periódica del animal aunque no había muerte ni renacimiento. Este ser carecía aún de yo. Le faltaba lo que los hindúes llaman el *manas,* el germen de la *mentalidad* la chispa divina del hombre, centro cristalizador del alma immortal. Como todos los animales actuales no tenía sino un cuerpo físico, un cuerpo etérico (o vital), y un cuerpo astral (o radiante). Mediante este último también poseía sensaciones que se asemejaban a una mezcla de sensaciones táctiles, auditivas y visuales. En forma rudimentaria su modo de percepción era algo parecido a lo que hoy es el sexto sentido o sentido adivinatorio en los sujetos especialmente dotados de esta facultad.

***

Transportémonos ahora algunos millones de años más tarde, al eoceno y al mioceno[23]. La tierra ha cambiado de aspecto. Todo el fuego ha entrado en su interior. La masa acuosa ha aumentado. Una parte de la envoltura vaporosa del globo se ha condensado for-

---

23. El eoceno y el mioceno son dos períodos de la Era Terciaria.

mando los océanos de su superficie. En el hemisferio austral ha surgido un continente: Lemuria.[24]

En el suelo de este continente formado de granito y lava fundida crecían heléchos gigantescos. La atmósfera siempre estaba cargada de nubes aunque la atraviesa una luz incierta. Todo lo que antes bullía en la atmósfera de la tierra-luna, gérmenes de plantas y animales, ha reaparecido sobre la tierra en formas más

---

24. Los naturalistas que estudian el globo terrestre desde el punto de vista de la paleontología y de la antropología han señalado hace tiempo la existencia de un antiguo continente, hoy hundido, que estaba situado en el hemisferio austral. Abarcaba la actual Australia, una parte de Asia y África meridional y llegaba hasta América del Sur. En esta época aún estaban bajo el agua tanto Asia central y septentrional, como la mayor parte de África y América, así como Europa entera. El inglés Selater llamó *Lemuria* a este continente a causa del antropoide Lemuria. Según el naturalista alemán Haeckel fue en este continente donde se desarrollaron los animales de tipo lemúrido. Damos a continuación las conclusiones de un naturalista inglés sobre el antiguo continente lemuriano: «La paleontología, la geografía física y las observaciones acerca de la distribución de la fauna y de la flora, atestiguan la existencia de una estación prehistórica entre África, la India y el archipiélago oceánico. Esta Australia primitiva debió existir al principio del período pérmico y durar hasta el fin del mioceno. África del sur y la casi isla hindú son los restos de este continente» (Blandfort: *On ihe age and corre/ation ofihe planbearing series of India and the former existence of an Indo- Oceank Continent).*

La duración probable del continente lemuriano fue de 4 a 5 millones de años. Su flora característica fueron las coniferas de agujas, los heléchos gigantes y la vegetación de pantanos cálidos. Su fauna estaba formada por toda clase de reptiles. Los ictiosaurios, los plesiosaurios y los dinosaurios (dragones) eran los animales dominantes junto con los pterodáctilos de alas de murciélago. Habla lagartos voladores de todos los tamaños, desde el de un gorrión hasta saurios provistos de alas de cinco metros. Los dragones o dinosaurios, terribles animales de presa, tenían 10 y 15 metros de longitud. (Ver *Lost Lemuria,* por Scott Elliot. Londres).

avanzadas. Todo ello nada en el océano, crece, repta, anda sobre el suelo o vuela en el aire denso. El ser destinado a transformarse en hombre, el hermafrodita medusa de la época primaria, medio pez medio serpiente, ha tomado la forma de un cuadrúpedo, de una especie de saurio, aunque muy diferente de los saurios actuales que no son sino una degeneración suya. Se ha desarrollado ampliamente su sistema cerebroespinal que apenas estaba esbozado en la medusa humana primitiva. Su glándula pineal se ha revestido de un cráneo y se ha transformado en cerebro aunque aún sale por un orificio que ha quedado en la parte superior de la caja craneana a través del que se muestra como una veleta móvil. En él aparecen ojos, ojos que apenas ven con una visión turbia. Pero la veleta pineal ha conservado su sensibilidad astral de manera que este ser imperfecto, híbrido y desconcertante, tendrá dos clases de percepción: una *en el plano astral* aún muy fuerte pero que va disminuyendo, y otra *en el plano físico* aún muy débil pero que va aumentando. Sus branquias se han transformado en pulmones, sus aletas en patas. En cuanto a su cabeza recuerda la del delfín, con prominencias frontales parecidas a las del león.

Para transformar este ser semirampante y semiandador, dotado de virtualidades poderosas pero profundamente humillado y miserable, en un hombre erguido que levante la cabeza hacia el cielo, en un ser pensante que hable, hacían falta fuerzas mayores, más sutiles e ingeniosas que todas las que han imaginado

nuestros sabios naturalistas. Hacían falta fuerzas milagrosas, es decir, una acumulación de fuerzas espirituales en un punto determinado. Para hacer subir hacia el espíritu a estos seres rudimentarios hacía falta que los espíritus de lo alto, los dioses, aparecieran bajo el velo más tenue posible de materia. En una palabra: hacía falta darles una nueva matriz e imprimirles el sello divino. El Génesis dice simplemente: «Dios creó al hombre a su imagen» (Gen. 1,27), y, más adelante «y alentó en su nariz soplo de vida; y fue el hombre en alma viviente» (Gen. II, 7). Finalmente agrega (en el capitulo VI, 1-4) que los hijos de Dios tomaron por mujeres a las hijas de la tierra, de donde nacieron los gigantes. Estas afirmaciones encierran verdades profundas. La ciencia esotérica las explica con razones que esclarecen simultáneamente las palabras mosaicas y los descubrimientos de la ciencia moderna, relacionándolas entre sí.

Ante todo, el esoterismo precisa el papel de los *hijos de los Dioses* que fue complejo y variado.

En la luna había quedado toda una clase de ángeles de la categoría luciferina y del orden más inferior, es decir, de aquellos que no sólo aspiraban a ser guías de los hombres, sino también a vivir ellos mismos su vida revistiendo un cuerpo físico y sumergiéndose en las sensaciones violentas de la materia.

Se encarnaron en masa en los cuerpos de los hombres futuros que aún estaban reducidos al estado de saurios con cabezas del delfín. Bajo su acción

intensa se desarrollaron los sistemas sanguíneo y nervioso. Entrando en la humanidad naciente le aportaban, junto con el deseo insaciable[25], la chispa divina, el principio inmortal del *yo.* Pero hacía falta además que este yo que así se cristalizaba fuera iluminado y fecundado por espíritus de un orden totalmente superior y verdaderamente divino.

El planeta Venus estaba habitado entonces por un orden de espíritus de los que hemos hablado antes, por los Principios, educadores de los Arcángeles, los más poderosos de entre los que la mitología hindú designa con el nombre de Asuras. Estos jefes de la tercera jerarquía divina, encargados de la creación y de la educación del hombre, merecían más que cualesquiera otros el nombre de dioses. Pues no pueden revestir un cuerpo físico ni asimilarse en manera alguna a la materia. Desdeñan el fuego y no viven sino en la luz. Pero puede hacerse visibles a los seres inferiores revistiendo un cuerpo etérico (al que a voluntad dan todas las formas de su pensamiento) y una envuelta astral radiante. Estos fueron los seres superiores que vinieron

---

25. El budismo y muchos místicos de diversas escuelas consideran al yo y a los deseos como de origen diabólico. La anulación de ambos sería para ellos una condición imprescindible de la regeneración. El yo que muchos hermetistas quieren matar no se refiere en absoluto al yo psicológico individual de los modernos, sino a un yo determinado, elementario y sidérico, motivado por las influencias astrales, «mal que está sembrado en el aire» según Boehme. La muerte de este yo sidérico facilita el desarrollo del yo divino e inmortal, defendido como grado necesario de la evolución cósmica por la tradición esotérica cristiana entre otras. (Véase la nota 112 a DE SIGNATURA RERUM de Boehme, Muñoz Moya editores, Sevilla.)

a habitar la tierra durante un tiempo, en la época lemuriana. Parece que Hesíodo habla de ellos cuando dice «los dioses vestidos de aire andaban entre los hombres».

Aquí tocamos directamente, por decirlo así, las energías divinas que trabajaron en la formación del hombre. El genio plástico de los helenos ha sintetizado toda esta evolución en la figura de Prometeo[26] modelando la arcilla humana con el fuego. Él es quien levanta hacia el cielo al hombre que se arrastra y quien con los dioses le enseña las artes. Aquí debemos señalar en detalle, según la verdadera historia, como percibieron los hombres primitivos a los dioses de lo alto, a los Principios, señores del comienzo y de la luz.

Imaginemos el suelo movedizo del continente lemuriano aún atormentado por el fuego. Inmensos pantanos de los que emergen millones de volcanes se extienden hasta donde alcanza la vista. El sol nunca atraviesa la espesa capa de nubes que ensombrece el cielo. Aquí y allá se ramifican cadenas montañosas cubiertas por bosques gigantescos. Sobre una meseta desnuda, macizos dispersos de rocas graníticas han horadado la corteza de lava solidificada. Allí se reúnen en gran número saurios de cabeza leonina y vagamente humana. Se acercan atraídos por el extraño resplandor que sale de una gruta. Pues en ella aparece de vez en cuando el Maestro, el Amo, el dios que temen y veneran con un invencible instinto.

---

26. Véanse nota 15 y apéndices.

Recordemos que para hacerse comprender por los vivos, los dioses de todos los tiempos se han visto obligados a revestir formas parecidas a las suyas. Así pues el Instructor que hablaba a esta asamblea tiene la imponente forma de un dragón alado y luminoso. El cuerpo de este poderoso pterodáctilo no es sino un cuerpo etéreo rodeado por un nimbo astral como una aureola radiante. Pero a los que lo miran les parece más vivo que ellos mismos. ¡ Y lo está! No habla una lengua articulada como las nuestras. Habla con sus gestos y con la luz que emana de él. Su cuerpo, sus alas, la veleta de su cabeza, relucen. Llamean sus ojos. Los rayos que salen de ellos parece que iluminaran el interior de las cosas. Siguiéndolos, los saurios fascinados comienzan a comprender el alma de los seres, incluso escuchan sus gritos y voces. Les responden y les imitan. De repente, el animal terrorífico y divino se ha levantado sobre sus pies, sus alas se agitan y llamea su cresta. Ante este signo se abre un agujero en el negro cielo. Bajo un huracán de luz aparece un ejército de dioses: caras desconocidas, múltiples, sublimes. Y, por un instante, irradia sobre ellos un disco de luz... Entonces la población viscosa y reptil que sigue los gestos de su maestro se alza arrebatada de entusiasmo y, con sus brazos todavía informes, adora al Dios supremo bajo la forma de un sol que enseguida se vela y desaparece.

Así fue el tipo de enseñanza por el que el culto de los dioses y el sentimiento religioso entraron por primera vez, en la época de Lemuria, en lo que habría de

ser la humanidad. Hay que considerar estas iluminaciones precoces como los más fuertes agentes de la evolución física del hombre. Afinaron sus órganos vitales y flexibilizaron sus miembros. Separaron vista y oído del caos de sensaciones táctiles. Les dieron sucesivamente la posición vertical, la voz, la palabra y los primeros rudimentos del lenguaje. A medida que el hombre se desarrollaba, los Principios revistieron formas más nobles y acabaron por aparecer bajo la figura del arcángel con rostro humano. Pero el recuerdo de los primeros maestros de la humanidad en forma de pterodáctilo no dejó de amedrentar la imaginación de los hombres.

Cierto es que este miedo viene en parte de un recuerdo confuso de los monstruos antediluvianos que tenían formas parecidas. Sin embargo, en las más antiguas mitologías el dragón no es un ser malo sino más bien un dios. En primer lugar es un mago que lo sabe todo. El Japón y la India así como las mitologías germánicas y celtas hacen de él un animal sagrado. El «rey de las serpientes» de la epopeya hindú *Naal y Damanyanti* suministra un curioso ejemplo de ello. La veneración del Dragón como un Dios es aún un recuerdo de los primeros instructores de la humanidad.

***

A medida que el hombre se alejaba de las formas animales y se aproximaba a su forma actual se acentúa-

ba en él la separación en sexos. La oposición de los sexos y la atracción sexual debían ser en las épocas siguientes uno de los propulsores más enérgicos de la humanidad en ascenso. Pero sus primeros efectos fueron terribles. Se siguieron tales perturbaciones y un trastocamiento tan general que llevaron al planeta a un estado cercano al caos. La irrupción de los sexos en la vida, el placer nuevo de crear a dos, actuaron sobre todos los seres animados -tanto en la vida animal como en la humanidad naciente- como una bebida embriagadora: un vértigo universal se apoderó del mundo de los vivos. Las especies tuvieron tendencia a confundirse. Los pterodáctilos se unieron con las serpientes y alumbraron pájaros de presa. La mar se transformó en un laboratorio de monstruos. Del acoplamiento de las especies inferiores de la humanidad con los mamíferos nacieron los monos. El hombre no es pues en manera alguna un mono perfeccionado. Por el contrario el mono es una degeneración y una degradación del hombre primitivo, un fruto de su primer pecado, su caricatura y remordimiento pues le dice: «Cuídate de volver a descender al instinto en vez de subir hasta la conciencia, porque si lo haces te volverás parecido a mí».

Nunca azotó al planeta más espantosa plaga. De este desorden en las generaciones nacieron todas las pasiones malas: el deseo sin freno, la envidia, el odio, el furor, la guerra del hombre y los animales, la guerra de los hombres entre sí. Las pasiones se difundieron

por la atmósfera astral de la tierra como humo emponzoñado, aún más pesadas que las espesas nubes que gravitaban sobre ella.

El genio griego, que humaniza todo lo que toca y encierra los terrores de la naturaleza en las mallas redentoras de la hermosura, plasmó este momento de la prehistoria en la leyenda de Pandora[27]. Los dioses que estaba celosos de Prometeo, secuestrador del fuego celeste, envían a los hombres el fantasma seductor de la mujer ataviada con todos sus encantos. El imprudente Epimeteo acepta el regalo. Entonces Pandora abre la tapa del vaso que tiene en sus graciosos brazos. Inmediatamente se escapan de él todos los males, plagas y enfermedades que, como negro humo, se difunden sobre la tierra para afligir al género humano. Pandora cierra la tapa con rapidez. Sólo queda en el vaso, detenida en el borde de su tapa, la Esperanza. Maravillosa imagen de los desórdenes que desencadenó el primer desbordamiento sexual sobre la tierra, y también el deseo infinito del alma cautiva que, pese a todo, se estremece ante el eterno-femenino manifestado en la carne.

Era inminente un desastre. Un cataclismo habría de destruir gran parte del continente lemuriano, cambiar la superficie del globo y conducir a los supervivientes hacia una nueva onda de vida. Pues existe una correlación íntima y constante entre las pasiones que

27. Véase Apéndice.

trabajan el mundo de los vivos y las fuerzas que se incuban en las entrañas de la tierra. El fuego-principio, el fuego creador encerrado y condensado en una de las esferas concéntricas de la tierra, es el agente que pone en fusión las masas que están bajo su corteza produciendo en ellas las erupciones volcánicas. No es un elemento consciente sino un elemento pasional de extrema vitalidad y con una formidable energía que responde magnéticamente mediante contragolpes violentos. Así es el elemento luciferino que la tierra esconde bajo otros caparazones. Habida cuenta de esta correspondencia astral entre la vida anímica del globo y la de sus habitantes, no es de extrañar que la actividad volcánica del continente astral alcanzara su grado máximo al final de este periodo.

Formidables sacudidas telúricas hicieron temblar Lemuria del uno al otro confín. Sus innumerables volcanes se pusieron a vomitar torrentes de lava. Por todas partes surgieron nuevos conos explosivos en el suelo que escupían surtidores de fuego y montañas de cenizas. Millones de monstruos apelotonados en las simas o encaramados en las cumbres fueron asfixiados por el aire inflamado o tragados por la mar hirviente. Algunos de ellos escaparon al cataclismo y reaparecieron en el siguiente periodo. En cuanto a los hombres degenerados fueron barridos en masa junto con el continente que, después de una serie de erupciones, se hundió sumergiéndose poco a poco bajo el océano.

Sin embargo, bajo la guía de una Manú o Guía divino, una élite de la raza lemuriana se había refugiado en la parte extremo-occidental de Lemuria. Desde allí pudo ganar la Atlántida, tierra virgen y verdeante recientemente emergida de las aguas en la que habría de desarrollarse una nueva raza y la primera civilización humana.

En este rápido ensayo de cosmogonía esotérica hemos visto como nuestro mundo solar se formó a través de sucesivas condensaciones, similares a las vislumbradas por Laplace en su *Sistema del Mundo*. Pero detrás de las leyes físicas que son el régimen de la materia hemos discernido las potencias espirituales que la animan. Gracias al trabajo de estas potencias Saturno se separó de su nebulosa y en el centro de ella se encendió el sol. Los planetas nacieron posteriormente uno a uno, debido a la vida y a la lucha de los dioses. Cada una de estas etapas es un mundo aparte, un largo sueño cósmico en el que se muestra un aspecto de la divinidad o se expresa un pensamiento suyo. Con los Principios fue la Palabra del Comienzo. Con los Arcángeles, el éxtasis celeste ante el cosmos delante del esplendor solar. Con Lucifer, el rayo creador en las tinieblas del abismo. Con los Angeles, la santa piedad. Con el hombre, el sufrimiento y el deseo.

Gota temblorosa de luz caída del corazón de los dioses ¿podrá rehacer el camino en sentido inverso, reunirse con las potencias que lo han alumbrado, y

transformarse a su vez en una especie de Dios, mientras sigue siendo libre e idéntico a sí mismo?

Azarosa y temible aventura por un camino interminable cuya sombra hace lóbregos los primeros vericuetos, y cuya gloria deslumbrante vela el desenlace.

Intentemos seguirla por algunos peldaños de la escala que se pierde en el infinito.

LA ATLÁNTIDA Y LOS ATLANTES

«En la edad de Oro, dioses vestidos de aire caminaban entre los hombres».

HESÍODO «Los trabajos y los días»

Capítulo I

TRADICIONES SOBRE LA ATLÁNTIDA. SU CONFIGURACIÓN Y SUS PERÍODOS GEOLÓGICOS

Los sacerdotes del antiguo Egipto conservaron cuidadosamente el recuerdo de un vasto continente que, en tiempos remotos, ocupaba gran parte del océano Atlántico.

Con las siguientes palabras atribuidas a Solón, quien a su vez afirmaba haberlas recibido de los sacerdotes egipcios, Platón narra esta tradición: «En aquel tiempo era posible atravesar el Atlántico. Había una isla delante de ese lugar que llamáis vosotros las columnas de Hércules. Era mayor que la Libia y el Asia unidas. De esta isla se podía pasar fácilmente a las demás y desde ellas a todo el continente que bordeaba la costa opuesta. Pues desde más acá del estrecho del que hablamos parece un puerto que tuviera una entrada estrecha, pero es un verdadero mar, y la tierra que lo rodea un verdadero continente... En esa isla Atlántida reinaban reyes de poder grande y maravilloso; dominaban la isla entera así como varias otras y algunas partes del continente. Además, más acá del estrecho, también reinaban desde Libia hasta Egipto y, en Europa, hasta la Tirrenia».

Esto es lo que cuenta Platón al comienzo de su célebre diálogo *Timeo o de la Naturaleza.* Existe otro diálogo llamado *Kritias o sobre la Atlántida* del que solo se ha conservado la primera parte[28] En él Platón describe ampliamente la isla de Poseidonis, su capital rodeada de canales, sus puertas de oro, su templo, su federación de reyes-sacerdotes, soberanos hereditarios indisolublemente ligados entre sí por una constitución obra del fundador divino al que llama Neptuno. El curioso fragmento describe la prosperidad de este pueblo que durante largo tiempo se mantuvo fiel a sus tradiciones hereditarias. Y acaba cuando cayó en una decadencia irremediable a causa de su creciente ambición y perversidad.

El fragmento es infinitamente sugestivo pese a su brevedad ya que abre las puertas sobre un pasado lejano sustraído a la historia por la inmensidad del tiempo transcurrido y por el silencio de los anales. A través de las formas helenizadas de la transcripción, sorprende lo extraño de ritos y costumbres en los que se mezclan una simplicidad patriarcal y la majestuosidad de los faraones. Platón cuenta que la isla de Poseidonis, último vestigio del gran continente de la Atlántida, fue destruida y sumergida por una catástrofe ocurrida nueve mil años antes de la época de Solón. Estrabón y Proclo relatan los mismos hechos. Agreguemos que los sacerdotes egipcios, que fueron quienes informaron a los viajeros griegos, afirmaban que conocían estas

28. Véase Apéndice.

tradiciones por los propios atlantes a través de una filiación lejana pero ininterrumpida. Decían a Solón: «Vosotros los griegos habláis de un solo diluvio pese a que ha habido varios más», afirmación confirmada por la geología moderna que ha encontrado las huellas de estos sucesivos diluvios en las capas superpuestas de la tierra. Hasta ahora, los únicos documentos de esas remotas épocas del globo son los esqueletos de los mamuts y otros animales, así como los hombres fósiles, encontrados en los terrenos del terciario o del cuaternario.

En espera de que una ciencia mejor recree este mundo perdido, los descubrimientos ocanográficos vienen a corroborar las tradiciones antiguas que mencionamos. La ciencia ha descubierto la espina dorsal de la Atlántida en el fondo de los mares y permite adivinar sus límites. Los sondeos del Atlántico confirman la existencia de una inmensa cadena de montañas submarinas cubierta por restos volcánicos que se extiende de norte a sur[29]. Se alza casi repentinamente desde el

---

29. Un naturalista francés, M. Perrier, se ha dedicado a solucionar el problema de la existencia de la Atlántida basándose sobre datos científicos y rigurosos. Estudió minuciosamente la flora y la fauna vivas de las islas de Cabo Verde y de las Canarias, así como la flora y fauna fósiles de las islas de este continente que aún emergen en el océano. Los fósiles son idénticos en todos sitios, desde las islas de Mauritania hasta América. Los corales de Santo Tomé son iguales a las madréporas de Florida. Todo prueba que los continentes actuales estaban unidos. Todo induce a creer que la Atlántida desapareció a finales del terciario. Un primer hundimiento debió producirse entre la costa de Venezuela y el archipiélago que todavía existe hoy. Mauritania y las islas de Cabo Verde debieron separarse un poco más tarde *(Le Temps,* noviembre 1911).

fondo del océano hasta una altura de 9.000 pies. Sus más altas cumbres son las Azores, San Pablo, la isla de la Ascensión y la de Tristán de Acuña. Estas cimas son las únicas del continente perdido que aún emergen de las olas. Por otra parte, los trabajos de etnología comparada de Le Plongeon, Quatrefages y Brancroft han demostrado que todas las razas del globo (negra, roja, amarilla y blanca) habitaron en América en tiempos remotos, cuando este continente, que ya existía parcialmente, estaba unido a la Atlántida. También se han observado analogías sorprendentes entre los antiguos monumentos de México y Perú y la arquitectura de la India y de Egipto. Ayudándose con todo ello y reuniendo las tradiciones de todos los pueblos sobre el diluvio, incluidas las de los indios de América del norte, centro

---

La actual tectónica de placas y la teoría de las derivas también parece confirmar la existencia de la Atlántida así como la de Lemuria

Sobre la Atlántida se han escrito innumerables libros. Además de los textos que Solón recibió de los sacerdotes egipcios y transmitió a Platón, la memoria atlante, especialmente en lo concerniente a sus ■relaciones con los pueblos de Europa occidental y con los griegos, también se ha conservado al parecer en otros documentos. Véase:

Robert Scrutton: *La otra Atlántida,* Edaf, Madrid 1978.

D. Vitaliano, *Leyendas de la Tierra,* Biblioteca científica Salvat, ¡Barcelona 1994.

En cuanto a los pretendidos avances técnicos de los atlantes pueden consultarse, entre otros:

Robert Scrutton: *Secretos de la perdida Atlántida,* Edaf, Madrid, 1980.

Andrew Tomas, *Los secretos de la Atlántida,* Plaza y Janes, Barcelona, 1969.

Ch. Berlitz, *La Atlántida, el octavo continente,* Círculo de lectores, Barcelona, 1989.

y sur, M. Scott Elliot ha intentado reconstruir una historia de la Atlántida. Pese a que su teoría contiene no pocas hipótesis es un todo coherente y convincente. También el doctor Rudolf Steiner, de gran cultura esotérica y dotado de una clarividencia especial, ha suministrado observaciones extraordinariamente originales y profundas sobre la constitución física y psíquica de los Atlantes y sobre su relación con la evolución humana anterior y posterior[29bis].

Resumamos primeramente la historia geológica de la Atlántida según Scott Elliot.

Hace un millón de años la Atlántida se encontraba unida en su parte posterior a una amplia zona ya emergida de América Oriental.

Ocupaba todo el actual golfo de México y se extendía mucho más allá, hacia el nordeste, en una vasta cresta que llegaba hasta la Inglaterra de hoy. Descendía y se curvaba hacia el sur formando otra cresta en dirección a África. De este continente solo emergía la actual África del Norte que estaba separada de la Atlántida por un brazo de mar. Las razas humanas nacidas y desarrolladas en la Atlántida podían llegar directamente a Inglaterra y, después, a Noruega. Para pasar a África del norte y desde ahí al Asia meridional -que ya había formado parte de Lemuria- bastaba con franquear un estrecho canal.

29bis. *Unsere atlantistchen Vorfabren,* por R. STEINER. Véase también el capitulo titulado *Die Weltentwichkelung* en su obra capital *Die Geheimwissenschaft im Umris,* Altmann, Leipzig, 1910.

Después de un primer diluvio que tuvo lugar hace unos 800.000 años, la Atlántida se partió en dos de arriba abajo y quedó separada de América por un estrecho. Por el este conservó su forma de concha abierta formando una gran isla con Irlanda e Inglaterra que, soldadas a Escandinavia, habían emergido otra vez.

En un nuevo cataclismo fechado hace 200.000 años, la Atlántida se partió en dos islas, una grande al norte llamada Routa, y otra más pequeña al sur cuyo nombre era Daitya. En esa época ya se había formado la Europa actual. Las comunicaciones de la Atlántida con África del Norte y Europa fueron fáciles durante estos tres períodos.

De repente se interrumpieron bruscamente hace 80.000 años a causa de un nuevo cataclismo geológico. De la antigua y extensa Atlántida solo quedó la isla que Platón llama Poseidonis, último trozo de la gran isla de Routa, equidistante de Europa y de América.

A su vez y según los informes de los sacerdotes egipcios a Solón, la isla Poseidonis fue tragada por el mar el año 9.564 antes de Cristo.

Capítulo **II**

LA ATLÁNTIDA PRIMITIVA. COMUNIÓN CON LA NATURALEZA Y VIDENCIA ESPONTÁNEA. EL PARAÍSO DEL SUEÑO Y EL REINO DE LOS DIOSES

El periodo atlante cuyos hitos geológicos acabamos de ver, es históricamente la época del paso de la animalidad a la humanidad propiamente dicha. En resumen el primer desarrollo del *yo* consciente del que deberían brotar, como las flores de las yemas, las más altas facultades del ser humano. Aunque por su envoltura física el atlante primitivo estuviese más cerca del animal que el hombre actual, no por ello hay que imaginarlo como un ser degradado similar a los salvajes de nuestro tiempo que son sus descendientes degenerados. Cierto es que nuestras conquistas -el análisis, el razonamiento, la síntesis- solo existían entre ellos en estado rudimentario. Pero por el contrario tenían muy desarrolladas determinadas facultades psíquicas que habrían de atrofiarse en la humanidad posterior. Entre ellas: la percepción instintiva del alma de las cosas, una segunda visión tanto en estado de vigilia como de sueño, sentidos de una acuidad singular, una memoria tenaz, y una voluntad impulsiva cuya acción se ejercía

de manera magnética sobre todos los seres vivos e Incluso a veces sobre los elementos.

El atlante primitivo manejaba la flecha con punta de piedra. Tenía un cuerpo esbelto, mucho más plástico y menos denso que el del hombre actual y con miembros más elásticos y flexibles. Su mirada brillante y fija, como la de las serpientes, parecía atravesar el suelo y la corteza de los árboles y penetrar en el alma de los animales. Oía crecer la hierba y andar a las hormigas. Su frente huidiza y su perfil ecuestre recuerda el de algunas tribus indias de América o a las esculturas de los templos del Perú[30].

---

30. Respecto a la constitución craneana del atlante y a su frente huidiza se impone una observación de una importancia capital. Aquí, las observaciones de la ciencia oculta vienen a completar a las de la antropología. El cuerpo etérico o vital del hombre adulto actual está completamente absorbido por el cuerpo físico. En el atlante por el contrario el primero superaba ai segundo por lo menos en una cabeza o más. Así sucede hoy en todos los niños. Habida cuenta de que la memoria tiene su asiento en el cuerpo etérico y que el cerebro es el órgano por el que el hombre percibe su yo en estado de vigilia, la conciencia plena del yo no es posible sino cuando el cuerpo etérico se identifica completamente con el cuerpo físico, y cuando la parte superior del primero encaja exactamente con la bóveda craneal. El fenómeno se produjo en la raza atlante paulatinamente pero solo a mediados de su evolución. No ocurría lo mismo en el atlante primitivo. Por decirlo así, su memoria, junto con su cuerpo etérico, flotaba por encima de él. Podía recordar los menores detalles. Pero entonces el pasado se hacía presente. A duras penas podía distinguir uno de otro pues no vivía sino la hora presente. Por lo tanto tenía de su yo una conciencia vaga. Hablaba de sí mismo en tercera persona. Cuando comenzó a decir *yo* confundía en primer lugar ese yo con el de su familia, con el de su tribu o con el de sus antepasados. Existía sumergido en la naturaleza aunque vivía intensamente su vida interior. Su yo actuaba sobre lo que le rodeaba con tanta mayor fuerza cuanto que no era un yo reflexionado, y en tanto que recibía sucesivamente impresiones violentas en las que proyectaba su voluntad como en ráfagas.

La naturaleza en la que se desarrollaba la vida del atlante era muy distinta a la nuestra. Entonces pesaba sobre el globo una espesa capa de nubes[31]. El sol no empezó a atravesarla sino después de las convulsiones atmosféricas de los primeros cataclismos. El hombre de entonces era domador de bestias y cultivaba plantas. Se encontraba privado de los rayos solares y vivía en comunión íntima con la flora exuberante y gigantesca y con la fauna salvaje de la tierra. De alguna manera aquella naturaleza era transparente para él. El alma de las cosas se le aparecía en resplandores fugitivos y en vapores coloreados. El agua de las fuentes y los ríos era mucho más ligera y fluida que la de hoy, pero también mucho más vivificante. Al bebería se aspiraban los poderosos efluvios de la tierra y del mundo vegetal. El aire susurrante era más cálido y pesado que nuestra atmósfera cristalina y azul. En lo alto de las montañas, o sobre los bosques, se producían a veces tormentas sordas, sin truenos, con una especie de crujidos, parecidas a largas serpientes de fuego rodeadas de nubes. Y el atlante resguardado en sus cavernas o en los troncos de árboles gigantescos observaba estos fenómenos ígneos del aire creyendo distinguir espíritus vivos en sus formas cambiantes. El fuego-principio que circula

---

sucesivamente impresiones violentas en las que proyectaba su voluntad como en ráfagas.

31. La mitología escandinava ha conservado el recuerdo de esta época cuando habla de *Nibetheim,* el país de las nubes donde viven los enanos fundidores de metales.

en toda cosa animaba en aquel tiempo la atmósfera con mil meteoros. A fuerza de contemplarlos el atlante se dio cuenta que disponía de un cierto poder sobre ellos, que podía atraer nubes llenas de un fuego latente y servirse de ellas para espantar a los monstruos de la selva: las fieras y los terribles dragones alados -los pterodáctilos- supervivientes del mundo lemuriano. Cuando mucho después la magia negra llegó a ser la única religión de gran parte de la Atlántida, el hombre abusó de este poder hasta el punto de transformarlo en un formidable instrumento de destrucción.

Así pues el atlante primitivo estaba dotado de una especie de magia natural cuyos restos aún conservan algunas tribus salvajes. Tenía poder sobre la naturaleza con la mirada y con la voz. Su lengua primitiva formada por gritos onomatopéyicos y por interjecciones apasionadas era un continuo llamamiento a las fuerzas invisibles. Encantaba a las serpientes y domaba las fieras. Particularmente enérgica era su acción sobre el reino vegetal. Sabía extraer magnéticamente la fuerza vital de las plantas. También sabía acelerar su crecimiento dándoles parte de su vida así como curvar en cualquier sentido las ramas flexibles de los arbustos. Así fueron construidas las primeras ciudades atlantes: con árboles sabiamente entrelazados, recintos vivientes y frondosos que servían como habitación a tribus numerosas.

Cuando después de sus carreras y cacerías desenfrenadas, el atlante reposaba en los calveros de la selva

virgen o a orillas de los grandes ríos, la inmersión de su alma en esta naturaleza lujuriosa despertaba en él una especie de sentimiento religioso. Sentimiento instintivo que entre los atlantes se materializaba en forma musical. A finales del día, con la llegada de la noche misteriosa y profunda, todos los ruidos se desvanecían. No más zumbidos de insectos, no más silbidos de reptiles. Se apaciguaban los rugidos de las fieras. El piar de los pájaros se callaba de repente. No se escuchaba ya sino la voz monótona del río sobre la que, como humo ligero, planeaba el rumor lejano de la catarata. Este lenguaje era suave como el de la caracola que tiempos atrás el cazador errante había llevado a su oído a orillas del océano. Y el atlante escuchaba... Y seguía escuchando... Pronto no escuchaba nada más que el silencio... Entonces, vuelto sobre sí mismo y transformado en sonoro como la caracola de los mares, oía otra voz... Esta voz retumbaba, más allá del silencio, por detrás y a través de todas las otras. Parecía que viniera a la vez del río, de la catarata, de la selva y del aire. Esta voz se desgranaba en dos notas ascendentes que se repetían sin cesar. Las dos notas decían: «¡Ta-ó!... ¡Ta-ó!...» El atlante sentía entonces confusamente que esa voz era la de un gran ser que respira en todos los seres y repetía con un sentimiento ingenuo de adoración: «...¡Ta-ó!... ¡Ta-ó!...». Era toda su plegaria. Pero encerraba en un suspiro lo más sublime y profundo que tiene la religión.[32]

Durante la noche comenzaba para el atlante otra vida, una vida de sueño y visiones, de viajes a través de extraños mundos. Su cuerpo etérico y su cuerpo astral, menos ligados que los nuestros al cuerpo material, le permitían ascender con mayor facilidad a la esfera hiperfísica. Y el mundo espiritual, interior del universo, irrumpía en torrentes de luz en el alma del hombre primitivo. El atlante no veía durante la vigilia ni sol, ni planetas, ni cielo azul, ni firmamento, todo ello oculto por la pesada capa de nubes que entonces cubría el globo. Tampoco contemplaba sus formas materiales durante el sueño. Pero su alma, desligada del cuerpo, se bañaba en el alma del mundo. Las potencias cósmicas animadoras de la tierra y los planetas se le aparecían bajo formas impresionantes y grandiosas. A veces veía al Manú, al padre, al fundador de la raza, que se le aparecía como un anciano con cayado de peregrino. Bajo su guía, el durmiente sentía que atravesaba el espeso caparazón de nubes y que subía, que seguía subiendo... De repente se encontraba en medio de una esfera de fuego alrededor de la que fluía circularmente un río de espíritus luminosos, algunos de los cuales se inclinaban hacia él y le tendían familiarmente la copa de la vida o el arco de combate. El Manú le decía:

---

32. De este hecho primitivo conservado por la tradición procede el nombre de la divinidad suprema en algunos pueblos. El nombre Taó fue entre los primitivos egipcios el nombre de Dios. Posteriormente se transformó en el del iniciador de su religión Tot-Hermes, de manera similar a como el nombre de *Wod o Wotan* pasó a ser el de *Odin-Sieg,* guía de la raza escandinava.

«Estás en el corazón del Genio de la tierra; pero por encima de éste hay otros dioses». Y la esfera prodigiosa se ampliaba. Los seres ígneos que se movían en ella se volvían tan sutiles y transparentes que a través de este ligero velo se veían otras cinco esferas concéntricas. Cada una de ellas parecía estar a distancias enormes de las otras y la última brillaba como un punto luminoso. Llevado por su visión como una flecha el atlante se zambullía en una esfera y en otra. Veía rostros augustos, cabelleras flamígeras, ojos inmensos y profundos como abismos, pero no podía alcanzar la hoguera fulgurante de la última esfera. De allí descendemos todos, le decía el Manú. Finalmente el guía divino devolvía el viajero astral a la tierra después de que por un instante se había sumergido en el alma del mundo en la que centellean los arquetipos. Volvía a atravesar el vestido vaporoso del globo donde, de paso, el guía le mostraba los astros hermanos, las futuras luminarias de la humanidad aún invisibles a sus ojos físicos: la cercana luna envuelta en nubes como un navio que hubiera naufragado entre arrecifes, y el sol lejano saliendo de un mar de vapores como si fuera un volcán rojo.

Cuando se despertaba de sus sueños, el atlante tenía la certidumbre de haber vivido en un mundo superior y de haber hablado con los dioses. Guardaba memoria de ellos aunque a menudo confundía su vida despierta con la de los sueños. Los dioses eran para él protectores, compañeros con los que vivía como amigos. No solo le hospedaban durante la noche sino que

a veces se le aparecían en pleno día. Escuchaba sus voces y recibía sus avisos en el viento y en las aguas. Su alma impetuosa se encontraba tan saturada con su aliento que a veces los sentía en sí mismo, les atribuía sus acciones propias y se creía uno de ellos.

Debemos imaginarnos a este hombre salvaje que durante el día caza mamuts y uros[33] a este ágil acechador de dragones volantes, transformándose por la noche en una especie de inocente niño, en un alma errante, *animula, vagula, blandula,* arrastrada por los torrentes de otro mundo.

Así era el paraíso de los sueños del hombre primitivo en tiempos de la Atlántida. Durante la noche bebía las aguas del Leteo[34] olvidando sus jornadas de sudor y sangre. Pero volvía con retazos de sus espléndidas visiones que continuaba incluso en sus cacerías desesperadas. Dichas visiones eran su sol y desgarraban luminosamente el inextrincable revoltijo de sus bosques tenebrosos. Tras la muerte volvía a empezar el sueño a mayor escala de una encarnación a otra. Y cuando después de siglos renacía en una cuna de lianas, bajo las cascadas de hojas de sus selvas sofocantes de

---

33.Uro: mamífero antepasado del toro que se extinguió a finales del cuaternario.

34.Río del infierno cuyas aguas eran bebidas por los condenados y les hacían olvidar toda su vida anterior. Es una forma simbólica de designar el fenómeno mediante el cual las almas olvidan su vida anterior al reencarnarse. Se dice que los sacerdotes egipcios conocían la manera de recuperar la memoria de las vidas anteriores.

calor y de olores, conservaba de su viaje cósmico una vaga iluminación y como una ligera embriaguez.

En estos tiempos primitivos el hombre mezclaba y confundía en un sueño inmenso, en un panorama móvil hecho de tejido translúcido que se desarrollaba al infinito, la noche con el día, el dormir y el estar despierto, la realidad y el sueño, la vida y la muerte, el más acá y el más allá. Ni sol ni estrellas atravesaban la atmósfera nubosa. Pero el hombre, acunado por las potencias invisibles, respiraba los dioses por doquiera.

El recuerdo lejano de esta época ha creado todas las leyendas sobre el paraíso terrestre. Su memoria confusa, se ha transmitido y transformado a lo largo de los tiempos en las mitologías de los diversos pueblos. Entre los egipcios es el reino de los dioses que precede al de los Schesu-Hor, reyes solares o reyes iniciados. En la Biblia, el Edén de Adán y Eva guardado por los querubines. En Hesíodo la «edad de oro» en la que los «dioses caminaban sobre la tierra vestidos de aire». La humanidad habría de desarrollar otras facultades y realizar nuevas conquistas pero, por más que se suceden las razas, por más que unos milenios se amontonen sobre otros, por más cataclismos que sobrevengan, y por más que cambie el aspecto del globo, siempre conservará el recuerdo imborrable de un tiempo en el que se comunicaba directamente con las fuerzas del universo. El recuerdo puede cambiar de forma, pero persistirá como nostalgia inextinguible de lo divino.

Capítulo III

LA CIVILIZACIÓN ATLANTE. LOS REYES INICIADOS. EL IMPERIO DE LOS TOLTECAS

Según la tradición esotérica la civilización atlántica abarca aproximadamente un millón de años si contamos desde sus orígenes. Esta primera sociedad humana, de la que procedemos pese a su lejanía y a sus enormes diferencias con la nuestra, es la fabulosa sociedad de antes del diluvio de la que hablan todas las mitologías. Cuatro grandes cataclismos como hemos dicho, cuatro diluvios separados entre sí por largos milenios, desgastaron el viejo continente. Su último vestigio se derrumbó con la isla Poseidonis dejando tras de sí la América actual que estaba primitivamente unida a él y que fue creciendo por el lado del Pacifico mientras que la Atlántida, trabajada subterráneamente por el fuego terrestre, se hundía dejando paso al océano. A lo largo de estos millares de siglos, varios períodos glaciares, originados por una ligera oscilación del eje terrestre sobre su órbita empujaron a los pueblos del norte hacia el ecuador y los del centro rechazaron muchas veces a los otros hacia los dos hemisferios del globo. Hubo éxodos, guerras y conquistas. Cada periodo geológico estuvo precedido por

una época de prosperidad y por otra de decadencia en las que causas parecidas produjeron efectos análogos. Se formaron sucesivamente siete sub-razas o variedades de la gran raza-madre atlante, que dominaron unas sobre otras sucesivamente y que se mezclaron entre sí. Entre ellas podemos reconocer los prototipos de todas las existentes hoy: la roja, la amarilla, y la blanca, raíz esta última de la nueva raza-madre semítico-aria que se separaría rigurosamente de las demás para comenzar un nuevo ciclo humano. Aunque como sub-órdenes también encontramos la raza negra, reliquia ya en regresión de la vieja humanidad lemuriana de la que, por cruces, surgieron los negros y los malayos.

La tradición de los adeptos no ha retenido de la historia tumultuosa de estos pueblos sino las líneas maestras y los acontecimientos más importantes. En primer lugar señala con Platón el fenómeno dominante de una teocracia espontánea y de un gobierno general que surge de esta mezcla de razas, no por la fuerza bruta sino por una especie de magia natural benéfica. Durante siglos reina pacíficamente una generación de reyes iniciados. La jerarquía de las potencias divinas se refleja más o menos en estas masas humanas, impulsivas pero dóciles, en las que el sentimiento acentuado del yo aún no ha desarrollado el orgullo. Cuando éste surge, la magia negra se alza frente a la blanca como sombra fatal y adversario eterno, serpiente tortuosa de aliento emponzoñado que a partir de ese momento no dejará de amenazar a los hombres que buscan pujanza. Los dos

partidos disponían entonces de un poder natural sobre los elementos, poder que el hombre de hoy ha perdido. De él se derivaron luchas formidables que acabaron con el triunfo de la magia negra y con la total desaparición de la Atlántida.

La primera raza de los atlantes se llamaba la raza de los *Rmoahalls.* Se había desarrollado en un promontorio de Lemuria y se estableció en el sur de la Atlántida, en una zona húmeda y cálida poblada por enormes animales antediluvianos que habitaban vastos pantanos y bosques sombríos. Algunos de sus restos se han encontrado en las minas de hulla. Era una raza gigante y guerrera de color caoba que actuaba bajo el efecto de fuertes impresiones colectivas. Su nombre procedía del grito de guerra con el que se reunían las tribus y con el que aterrorizaban a sus enemigos. Los jefes creían actuar bajo fuertes impulsos procedentes del exterior que los invadían en ondas poderosas y los empujaban a conquistar nuevos territorios. Pero una vez que la expedición terminaba estos caudillos improvisados volvían a entrar en la masa y todo se olvidaba. Careciendo de memoria y de cualquier clase de estrategia, los Rmoahalls fueron tempranamente vencidos, rechazados o sometidos, por las demás ramas de la raza atlante.

Los *Tlavatlis* eran del mismo color que sus rivales.

Era una raza activa, flexible y astuta que prefería las ásperas montañas a las fértiles llanuras. Se acantonaban en ellas como en una fortaleza y las hacían

servir de base de apoyo para sus incursiones. Este pueblo desarrolló la memoria, la ambición, la habilidad de los jefes y un rudimentario culto de los antepasados. Pese a tales innovaciones, los Tlavatlis no desempeñaron en la civilización atlante sino un papel de segundo orden. Aunque por su cohesión y por su tenacidad se mantuvieron sobre el viejo continente mucho más tiempo que los demás. Su último territorio, la isla de Poseidonis, estuvo poblada sobre todo por sus descendientes. Scott Elliot ve en los Tlavatlis los antepasados de la raza dravídica que todavía hoy se encuentra en el sur de la India.

La civilización atlante fue llevada a su apogeo por *Toltecas* cuyo nombre reencontramos entre las tribus mexicanas[34 bis] Era un pueblo de tinte cobrizo, de gran talla y de rasgos fuertes y regulares. Unían al valor de los Rmoahalls y a la flexibilidad de los Tlavatlis una memoria más fiel y una profunda necesidad de venerar a sus jefes. Fueron honrados el anciano sabio, el

---

34 bis. Muchas otras tradiciones mexicanas pueden relacionarse con la Atlántida. Por ejemplo los aztecas procedían según sus leyendas de un lugar sagrado llamado Aztlán. En náhuatl la raíz *tlan* -que significa lugar, región, tierra- y la raíz *atl* son de uso frecuentísimo en nombres de dioses, reyes, etc., así como en toponímicos. Precisamente los aztecas fundaron la ciudad de México, en náhuatl Tenochtitlán, cuyo sistema de canales y defensas acuáticos tal y como los describen los conquistadores españoles, recuerdan la descripción que Platón hace de Poseidonis.

Algunos atlantes emigraron hacia Oriente (véase nota 39). Un estudio comparativo entre las tradiciones celtas, druídicas, etc., y las mexicanas y centroamericanas en general arrojaría mucha luz sobre el origen común de ambas: la civilización atlante.

guerrero intrépido, el rey afortunado. Las cualidades transmitidas voluntariamente de padres a hijos se transformaron en principio de la vida patriarcal y la tradición se implantó en la raza. Así se estableció una realeza sacerdotal. Realeza que tenía su fundamento en una sabiduría conferida por seres superiores que poseían dones de videncia y adivinación, herederos espirituales del Manú primitivo de la raza. Durante muchos siglos su poder fue grande. Le venía de un singular entendimiento entre ellos mismos y de su comunión instintiva con las jerarquías invisibles. Este poder se ejerció mucho tiempo felizmente. Amurallado en su misterios, dicho poder se rodeó de una majestad religiosa y de una pompa masiva adecuada a esta época de sentimientos simples y sensaciones fuertes.

Los reyes toltecas habían edificado la capital del continente en el fondo del golfo formado por la Atlántida, aproximadamente a 15° al norte del ecuador. Ciudad reina, simultáneamente fortaleza, templo y puerto de mar. En ella la naturaleza y el arte rivalizaban para conseguir algo único. Se alzaba, por encima de una fértil llanura, sobre una altura boscosa, último contrafuerte de una gran cadena de montañas que la rodeaba con un circo imponente. Un templo de pilastras cuadradas y robustas coronaba la ciudad. Sus paredes y su techo estaban cubiertos por ese metal especial al que Platón llama *oricalco,* especie de bronce de reflejos dorados y plateados, lujo preferido de los atlantes. Las puertas de este templo se veían brillar de lejos, por

lo que se la conocía con el nombre de ciudad de las puertas de oro. La mayor singularidad de la metrópoli atlante tal como nos la describe el autor del Timeo consistía en su sistema de irrigación. En un bosque detrás del templo manaba a grandes borbotones una fuente de agua clara que parecía un río vomitado por la montaña. Su origen era un depósito y un canal subterráneo que traía la masa líquida desde un lago de las montañas. El agua se despeñaba en cascadas que formaban tres círculos de canales alrededor de la ciudad, los cuales le servían simultáneamente para beber y para defenderse. Si hemos de creer a Platón, en los altos diques de arquitectura ciclópea que protegían los canales había estadios, campos de carreras, gimnasios, e incluso una ciudad especial reservada a los visitantes extranjeros que la ciudad albergaba[35]. Mientras duró la primera época de florecimiento de la Atlántida, la ciudad de las puertas de oro fue el punto de mira de todos sus pueblos, y el templo, símbolo refulgente y centro animador de su religión. En él se reunían anualmente los reyes federados. El soberano de la metrópoli los convocaba para dirimir las diferencias entre los pueblos de la Atlántida, para deliberar sobre sus intereses comunes, y para decidir la paz o la guerra con los

---

35. Véase en el Apéndice la descripción que Platón da en el diálogo Critias. Aunque en este diálogo habla de la capital de Poseidonis que sobrevivió al resto del continente, todo induce a creer que la descripción se aplica a la metrópolis de la Atlántida. Es probable que los sacerdotes egipcios hayan confundido ambas ciudades debido a la costumbre de simplificar y condensar la historia del pasado, método normal de los tiempos antiguos.

enemigos de la federación. La guerra entre ellos estaba severamente prohibida y todos los demás debían unirse contra el que rompía la paz solar[36]. Las deliberaciones se acompañaban de ritos graves y religiosos. En el templo se alzaba una columna de acero en la que estaban grabados, con los caracteres de la lengua sagrada, las enseñanzas del Manú fundador de la raza y las leyes dictadas por sus sucesores a lo largo de los siglos. Dicha columna estaba coronada por un disco de oro imagen del sol y símbolo de la divinidad suprema. Entonces el sol no atravesaba sino muy rara vez la envoltura nubosa de la tierra. Y el astro rey se veneraba tanto más cuanto que sus rayos apenas acariciaban la cima de las montañas y la frente del hombre. Al llamarse hijos del sol los reyes federados querían decir que su sabiduría y su poder les venían de la esfera de este astro. Las deliberaciones estaban precedidas por toda clase de purificaciones solemnes. Los reyes, unidos por la oración, bebían en copa de oro un agua impregnada del perfume de las más raras flores. El agua se llamaba *el licor de los dioses* y simbolizaba la inspiración común. Antes de tomar una decisión o de formular una ley dormían una noche en el santuario. Por la mañana cada cual contaba su sueño. A continuación, el rey de la ciudad-reina trataba de unir todos

---

36. Véase el Critias de Platón. En él se describe una época de decadencia en la que la magia negra ya hacía tiempo que había invadido completamente el culto. Los reyes beben sangre de un toro sacrificado en vez de beber el agua pura de la inspiración; sin embargo la organización federativa sigue siendo la misma.

estos rayos para sacar de ellos la luz que guía en la acción. Solo entonces, cuando todos estaban de acuerdo, se promulgaba el nuevo decreto.

Así pues, durante el apogeo de la raza atlante, una sabiduría intuitiva y pura se derramaba desde lo alto sobre pueblos primitivos. Caía sobre ellos como el río de las montañas que rodeaba la ciudad con sus aguas límpidas diversificándose después en canales por la llanura fértil. Cuando uno de esos reyes iniciados compartía la copa de oro de la inspiración con sus súbditos preferidos, éstos tenían el sentimiento de beber un licor divino que vivificaba todo el ser. Cuando el navegante se aproximaba a la orilla viendo brillar desde lejos el techo metálico del palacio solar, creía ver salir un rayo de sol invisible del templo que coronaba la ciudad de las puertas de oro.

Capítulo IV

LA EXPLOSIÓN DEL YO. DECADENCIA Y MAGIA NEGRA. CATACLISMO Y DILUVIO

El desarrollo de la riqueza material bajo los reyes-pontífices de la raza Tolteca había de tener su contragolpe fatal. Junto a la conciencia creciente del yo se despertaron el orgullo y el ansia de poder. La primera erupción de malas pasiones se produjo en una raza aliada de los toltecas. Era una raza de color amarillo negruzco con mezcla de Lemurianos. Los Turanios de la Atlántida fueron los antepasados de los turanios de Asia y los padres de la magia negra. A la magia blanca, trabajo desinteresado del hombre en armonía con las potencias de lo alto, se opone la magia negra, llamamiento a las fuerzas de abajo el impulso de la ambición y la lujuria. Los reyes turanios quisieron dominar y gozar aplastando a sus vecinos. Rompieron el pacto fraternal que los unía a los reyes toltecas y cambiaron el culto. Fueron instituidos sacrificios sangrientos. En vez de beber el licor de inspiración divina se bebió la sangre negra de los toros, evocadora de influencias demoníacas[37]. Así fue la primera organización del mal:

---

37. Esto también sucedía en la isla de Poseidonis, en los últimos tiempos de la Atlántida.

ruptura con la jerarquía de lo alto, pacto concluso con las fuerzas de abajo. Siempre alumbró anarquía y destrucción puesto que es la alianza con una esfera cuyo principio mismo es la destrucción y la anarquía. En ella cada cual quiere aplastar al otro para beneficio propio. Es la guerra de todos contra todos, el imperio de la codicia, de la violencia y del terror. El mago negro no sólo se relaciona con las fuerzas perniciosas que son el desperdicio del cosmos, sino que crea otras nuevas mediante las formas-pensamiento de las que se rodea, formas astrales inconscientes que se transforman en sus fantasmas y tiranos crueles. Paga el placer criminal de oprimir y explotar a sus semejantes tranformándose en esclavo ciego de verdugos mucho más implacables que él mismo: los fantasmas horribles, los demonios alucinatorios, los falsos dioses que ha creado. Esta fue la esencia de la magia negra que se desarrolló al declinar la Atlántida en unas proporciones como nunca después ha vuelto a alcanzar. Se vieron cultos monstruosos. Templos consagrados a serpientes gigantescas, a pterodáctilos vivos que devoraban víctimas humanas. El hombre poderoso se hizo adorar por multitudes de esclavos y de mujeres.

Una vez que la corrupción atlante transformó a la mujer en instrumento de placer, se desarrolló con fuerza creciente el frenesí sensual. Pululó la poligamia. Lo que produjo una degeneración del tipo humano entre las razas inferiores y en una parte de los pueblos de la Atlántida. El culto insensato del *yo* revistió una

forma extraña e ingenua. Los ricos adquirieron la costumbre de colocar en los templos estatuas suyas de oricalco, oro o basalto. Sacerdotes especiales rendían culto a estos ídolos ridículos de la persona humana. Incluso fue la única forma de escultura que conocieron los atlantes.

El mal se fue acumulando a lo largo de los siglos. La irrupción avasalladora del vicio, el furor del egoísmo y la anarquía, se extendieron tanto que toda la población atlante se dividió en dos bandos. Una minoría se agrupó en torno a los reyes toltecas que seguían siendo fieles a su vieja tradición. Los demás adoptaron la tenebrosa religión de los Turanios. La guerra entre la debilitada magia blanca y la creciente magia negra se desarrolló en la Atlántida y pasó por numerosas peripecias. Se repitieron las mismas fases con verdadero encarnizamiento. Mucho antes de la primera catástrofe que trastocó el continente la ciudad de las puertas de oro fue conquistada por los reyes turanios. El pontífice de los reyes solares tuvo que refugiarse en el norte, junto a un rey aliado de los Tlavatlis, donde se estableció con un núcleo de fieles. A partir de este momento comenzaron las grandes migraciones hacia Oriente mientras que la civilización propiamente atlante no hacia sino declinar. Los turanios ocuparon la metrópoli y el culto de la sangre profanó el templo del sol. Triunfó la magia negra. Una corrupción y perversidad desmedidas se difundieron ilimitadamente en esta humanidad impulsiva deprovista aún del freno de la razón. La ferocidad de los hombres se contagió incluso al mundo de las

bestias. Los grandes felinos primitivamente domesticados por los atlantes se transformaron en jaguares, tigres y leones salvajes. Finalmente el desorden ganó a los elementos y a la naturaleza toda, Némesis[38] ineluctable de la magia negra. Una catástrofe separó la Atlántida de la América naciente. A largos intervalos siguieron otras.

Las cuatro grandes catástrofes que se tragaron el soberbio continente no tuvieron las mismas características que los cataclismos de Lemuria. Vemos actuando en ellas a las mismas potencias pero, bajo impulsos distintos, se manifiestan de manera diferente.

La tierra es un ser vivo. Su cascara sólida y mineral no es sino una corteza delgada si la comparamos con el interior de la bola formado por esferas concéntricas de una materia sutil que son los órganos sensitivos y generadores del planeta. Estas entrañas vibrantes almacenan fuerzas primordiales y responden magnéticamente a los movimientos que agitan la humanidad. De alguna manera acumulan la electricidad de las pasiones humanas y, periódicamente, la vuelven a enviar a la superficie en masas enormes.

En los tiempos de Lemuria, el desencadenamiento de la animalidad bruta había hecho que el fuego terrestre brotara directamente en la superficie del globo. Lemuria se

---

38. Diosa encargada de la venganza de los dioses sobre los malvados; castigaba también la pasión desordenada. Algunos la consideraban como representación de la potencia solar. A veces se la representaba apoyándose en un timón para indicar que guiaba el universo. En esculturas suyas aparecidas en Toscana se la representaba con vestiduras egipcias y rodeada por completo de un velo formando espirales.

transformó en una especie de solfatara hirviente donde millares de volcanes se encargaron de exterminar mediante el fuego este mundo que bullía de monstruos informes.

En la época de la Atlántida el efecto de las pasiones humanas sobre el alma ígnea de la tierra fue más complejo y no menos temible. La magia negra, que entonces se hallaba en la cima de su poder, actuaba directamente sobre el centro de la tierra de donde extraía su fuerza. Con ello excitó otros impulsos en el circulo del fuego elemental. Este fuego, procedente de las profundidades por vías tortuosas, se acumuló en las fisuras y cavernas de la corteza terrestre. Entonces las Potencias que presiden los movimientos planetarios imprimieron a dicho elemento, sutil pero con una fuerza de dilatación prodigiosa, la dirección horizontal hacia Occidente. Así se originaron las sacudidas sísmicas que, de época en época, estremecieron la Atlántida de este a Oeste siguiendo como eje principal la línea del ecuador. Estas olas de fuego horadaban y excavaban la corteza del antiguo continente a lo largo de todo su recorrido. Faltándole la base, la Atlántida se derrumbó por pedazos y acabó por hundirse en el mar con una gran parte de sus habitantes. Pero a medida que desaparecía el continente sumergido, otra tierra surgía en occidente con su barrera de cimas. Pues una vez las olas gigantescas de fuego interior llegaban al final de sus largas ondulaciones, los rompientes de fondo del planeta enfebrecido levantaron en crestas volcánicas las cadenas de los Andes y de las Montañas Rocosas, espina dorsal de la

futura América. Agreguemos que las descargas eléctricas que acompañaron a todos estos fenómenos desencadenaron en la atmósfera ciclones, tempestades y tormentas inusitadas. Una parte del agua que hasta ese momento vagaba en el aire en forma de vapores fundió sobre el continente en cascadas y torrentes de lluvia. Como si las potencias del cielo y del abismo se hubieran conjurado para perderlo, el suelo no sólo se hundía sino que además fue inundado. La tradición pretende que en el último de estos diluvios perecieron a la vez sesenta millones de hombres.

Así fue barrida de la tierra la Atlántida, arsenal de la magia negra. Y esta fue la razón por la que desaparecieron sucesivamente bajo las olas impasibles del océano vencedor, la ciudad de las puertas de oro, Routa y Dayta las islas de palmeras verdeantes, y también las altivas cimas de Poseidonis. El azul profundo y luminoso se extendía como el ojo del. Eterno entre las nubes desgarradas...

En la evolución terrestre nada se pierde aunque todo se transforma. Los atlantes habrían de revivir en Europa, en América y en Asia a través de las razas emigradas[39] y por las reencarnaciones[40] periódicas de

39. En el último periodo de la Atlántida y antes de que se descompusiera por completo la vieja raza, una minoría de atlantes blancos (que habría de formar una nueva raza-madre) emprendió la marcha hacia oriente, un éxodo solar, en busca de una nueva patria. El término de tal peregrinación habría de ser el Himalaya. Pero antes de alcanzar su objetivo, esta peregrinación que duró siglos y milenios, hizo diversas etapas. El primero y más importante fue en Irlanda que entonces formaba una gran isla con Inglaterra, el norte de Francia y Escandinavia. A esta época perteneces los cultos que

las almas. Pero el recuerdo del continente tragado se difuminó en la memoria de la nueva humanidad pensante, combativa y conquistadora, como un sueño fabuloso, como un espejismo de ultramar, de más allá del cielo. No se conservó sino la memoria inquietante de un Edén perdido, de una caída profunda y de un diluvio terrorífico. Los poetas griegos, cuyas evocaciones plásticas encierran a menudo un sentido maravilloso, hablaban de un coloso-fantasma, sentado en medio del océano más allá de las columnas de Hércu-

---

ha conservado la mitología celta (Carnac en Bretaña, Stonehenge en Inglaterra, etc), y las tradiciones de esos pueblos -vida al aire libre, exaltación guerrera, etc- que no eran sino una reacción contra la descomposición de la civilización atlante y un entrenamiento adecuado a las tareas que esperaban a la nueva raza-madre. Una vez llegados al Himalaya, donde constituyeron definitivamente la nueva civilización, refluyeron hacia occidente en diversos grupos: arios de la India, escitas, sármatas, caldeos, griegos, semitas, etc. El origen común de todos estos grupos de la nueva raza-madre, que suele designarse con el nombre genérico de indoeuropeos, ha sido probado suficientemente por los estudios históricos. 40. El culto de los antepasados practicados por los celtas y también por algunos de los grupos que refluyeron desde el Himalaya hacia el occidente, tenía la finalidad de favorecer la reencarnación de los mejores de los antepasados, para que guiaran la humanidad en su evolución cósmica. Se celebraba en el solsticio de invierno, en la noche más larga a la que se llamaba la noche-madre del año que tenía la reputación de ser la de las concepciones felices. Idéntico sentido aunque formas diferentes tenían los cultos del solsticio de verano (cuyo recuerdo se conserva en tradiciones populares como las fiestas de San Juan). En los primeros el guía decía: «Vuestros antepasados están cerca de los dioses. Vivid según los ritos y las leyes santas y volverán a vivir entre nosotros. Se encarnarán en los hijos de vuestras esposas». En los segundos, el guía señalaba al sol mientras afirmaba: «Esta es la imagen del dios supremo hacia el que hay que ir para conquistar la tierra de los puros y los fuertes, para construir la ciudad viva de los dioses».

les, que sostenían el cielo nuboso con su cabeza poderosa. Lo llamaban el gigante Atlas.

¿Sabían que en el alborear de sus días los atlantes eran videntes y realmente se habían comunicado con los dioses a través de su cielo obstruido por las nubes? ¿O será que en el fondo de toda conciencia humana duerme el sueño de un paraíso perdido y de un cielo por conquistar?

APÉNDICES

HESÍODO

COMBATE DE LOS TITANES Y LOS DIOSES

Hallábanse unos establecidos -los Titanes altivos- en las cumbres del Otris, y en el Olimpo los otros, dioses autores de todo bien, paridos por Rea, la de hermosos cabellos, tras su acoplamiento con Cronos.

Incesantemente venían batallando entre sí, por espacio de diez años enteros, sin que ninguno de los dos bandos llevara propósito de poner fin a la lucha, ya que ésta no se decidía por ninguno de ellos. Pero cuando Zeus les dio lo que para todos era más conveniente, el néctar y la ambrosía, de que exclusivamente se alimentaban los dioses mismos, el ardor se encendió.

La lucha cobró un aliento mayor en todos los pechos, llenándolos de entusiasmo. Y apenas gustaron los combatientes la ambrosía y el néctar, el padre de los dioses y de los hombres les dirigió estas palabras: «¡Oídme, hijos ilustres de la Tierra y del Cielo!

«Voy a manifestaros lo que me dicta el corazón. Hace ya mucho tiempo que venimos disputándonos el triunfo unos y otros, en combatir incesante, los dioses Titanes y cuantos descendemos de Cronos. Mostrad vosotros, frente a los Titanes, vuestra terrible fuerza y el vigor de vuestros brazos, invencibles en la más dura lucha.

Y tened presente la buena amistad que nos une, sin olvidar todo lo padecido hasta el día en que, libertados por nuestra voluntad de las fuertes cadenas, salisteis a la luz desde las

sombrías tinieblas». De esta suerte habló, y el ilustre Cotto respondió así:

«¡Oh augusto señor! Nos hablas cosas que harto conocemos. Tampoco ignoramos la superioridad de tu inteligencia y tu juicio, y nos consta que has apartado a los inmortales del horrible mal. Hemos venido aquí, poderoso hijo de Cronos, merced a tu sabiduría, que nos ha sacado de las brumas tenebrosas, para darnos esta felicidad inesperada.

«Es por eso por lo que con toda vuestra voluntad y nuestro indomable corazón, vamos a combatir por la victoria, en el más terrible de los encuentros con los Titanes.» Tales fueron sus palabras, que aprobaron las divinidades autoras de todo bien.

Encendido el pecho de afán belicoso, aquel mismo día se empeñaron en rudo combate varones y hembras, dioses y diosas, tanto los Titanes como los descendientes de Cronos, y aquellos a quienes Zeus sacara del fondo de la tierra, desde el Erebo, poderosos y terribles, dotados de fuerza sin igual.

Tenía cada uno de ellos cien brazos, que emergían valientes de sus hombros, así como cincuenta cabezas, que coronaban sus robustos miembros. Cogieron rocas con las potentes manos, y se aprestaron a luchar con los Titanes.

Estos cerraron, en la parte contraria, las filas de sus falanges, y no tardaron en manifestar la fuerza extraordinaria de sus brazos. Retumbó en seguida de horrible modo el ponto inmenso, crujió la tierra, estremecióse el vasto cielo, y el Olimpo entero, tembló de arriba a abajo ante la acometida de los inmortales.

La fuerte sacudida llegó al sombrío Tártaro, y el espacio todo se pobló del estrépito de las pisadas y del choque de las armas. Unos contra otros se lanzaban enardecidamente los dardos, y de ambas

partes se elevaban las voces hasta el cielo estrellado, mientras los combatientes se agitaban y mezclaban en confuso montón.

Ni el mismo Zeus contuvo su furor, y como se le llenasen de cólera las entrañas, hizo gala de todo su poderío. Fue de un lado para otro, relampagueando desde el cielo y el Olimpo.

Salía con frecuencia el rayo de sus manos robustas, y con él el relámpago y el trueno, propagando por doquiera la sagrada llama. Y por doquiera, también crujía la tierra prolífera al quemarse, crepitando la selva asimismo bajo la acción del fuego.

Toda la tierra era una gran hoguera, y hervían las corrientes del Océano y el infecundo ponto. Un cálido vapor envolvía a los Titanes terrestres, mientras una llama inmensa se remontaba al éter divino, y el fulgor intenso de rayos y relámpagos cegaba al de más abiertos ojos.

Pronto el vastísimo incendio invadió todo el Caos; y hubo por un instante en que a juzgar por el cuadro que los ojos contemplaban y el estrépito que los oídos percibían, parecía como si la Tierra fuese a chocar con el anchuroso cielo. ¡ Tan terrible era el combate en que los dioses estaban empeñados!

Entretanto, intervinieron los vientos, haciendo retemblar el suelo bajo tempestades de polvo, que se mezclaban a los truenos, relámpagos y rayos, y llevaban de uno a otro campo el vocerío y el estruendo.

Un horrísono clamor acabó elevándose del furioso combate, y la fuerza de ambos bandos manifestóse en múltiples hazañas. Hasta que, al fin, declinó la violencia de la batalla, luego de mezclarse en revuelta lucha unos y otros, con enconado ardor. Cotto, Briareo y Gías, el incansable en la lid, pelearon rudamente.

Con sus robustas manos lanzaron hasta trescientas rocas contra el enemigo, dejando en la mayor oscuridad a los Titanes. Quedaron estos vencidos a pesar de su soberbia, y llevados a un lugar debajo del anchuroso suelo, donde el vencedor los ató con fuertes cadenas, en el sitio que dista tanto de la tierra como del cielo.

Cuando Zeus hubo expulsado del cielo a los Titanes, la tierra alumbró su hijo menor, Tifoeo, después de acostarse con el Tártaro, gracias a la intervención de la áurea Afrodita. Tenía el robusto dios fuertes brazos, siempre en actividad, y pies incansables.

Sobre sus hombros se erguían cien cabezas de serpiente, como de un espantoso dragón, con lenguas negruzcas a manera de dardos; y en los ojos de las monstruosas cabezas brillaba, bajo los párpados, un resplandor de incendio. Broncas voces se elevaban en todas estas terribles cabezas, dejando oír mil acentos de indecible horror.

Ya eran gritos inteligibles para los dioses, ya semejaban mugidos de indómito toro, orgulloso de su voz, o bien rugidos de cruel león; ya parecían sencillamente ladridos de perritos, o bien silbidos prolongados que resonaban en las altas montañas.

Hubiera tenido lugar aquel día una espantosa revolución, llegando Tifodeo a reinar sobre mortales e inmortales, de no haberlo advertido la perspicacia del padre de los dioses y de los hombres. Comenzó Zeus a despedir truenos secos y fuertes, haciendo que en torno suyo retemblase la tierra horrendamente.

Como también retemblaban el vasto cielo, y el ponto y las corrientes del Océano, y el profundo Tártaro. Cuando el soberano se levantó, estremecióse el Olimpo entero debajo de los pies inmortales, y la tierra gimió. Extendiéndose un vivo ardor por el mar de aguas sombrías, alumbrado a la vez por los dos adversarios.

Le inflamaban, en efecto, tanto el trueno y el relámpago como el fuego que vomitaba el monstruo, además de los vientos furiosos y del flagrante rayo. Hervían la tierra entera, el cielo y el mar. Por todas partes chocaban furiosamente las olas contra las riberas, a causa del ímpetu con que los inmortales se acometían.

Un estremecimiento continuado lo sobrecogía todo; y llegaron a temblar de miedo Hades, que reina sobre los muertos en el infierno, y los propio Titanes en el Tártaro, alrededor de Cronos, enloquecidos por el estrépito inenarrable.

Pero Zeus reunió todas sus fuerzas, tomó sus armas, que son el trueno, el relámpago y el rayo, saltó desde lo alto del Olimpo e hirió a Tifoeo, abarcando de un solo golpe las espantosas cabezas del monstruo. Los golpes y las heridas fueron repetidos, y Tifodeo cayó mutilado mientras gemía la anchurosa tierra.

Brotó la llama del cuerpo de este rey así fulminado, en los negros y ásperos valles de la montaña que presenciase la escena. Gran parte de la tierra anchurosa, envuelta en densos vapores, se derretía como el estaño que los jóvenes artífices ponen al fuego en crisoles de ancha boca.

Y como el hierro, lo más resistente, que corre hecho líquido a través de la tierra divina, por obra de Hefesto. No de otro modo se liquidaba la tierra al resplandor de las llamas devoradoras. Y Zeus, que tenía el ánimo irritado, acabó echando a Tifoeo en el vasto Tártaro.

Así que acabaron su tarea los felices dioses, y luego de conquistar en lucha con los Titanes los honores y el poder, siguieron los consejos de la Tierra, incitando al longevidente Zeus Olímpico a que imperara sobre todos los inmortales. Y Zeus les repartió honores y privilegios.

MITO DE PANDORA

Ocultaron los dioses lo que suministra la vida al hombre, porque de otro modo, trabajarían un día con escaso esfuerzo, para lograr con que vivir todo el año, sin hacer ya nada.

En seguida colgarías la esteva del arado por encima del humo, y pararías el trabajo de los bueyes y las pacientes mulas. Pero Zeus ocultó el secreto de tu vida cuando el ánimo se le irritó a causa de que le hiciera víctima el sagaz Prometeo. Desde ese día empezó a procurarles a los hombres serias inquietudes.

Les ocultó el fuego, elemento primordial que el buen hijo de Japeto robara a Zeus en una cañaheja, para dárselo a los hombres, engañando así al dios que lanza el rayo. Exasperado Zeus, el amontonador de nubes, le dijo:

«¡Ah Japetiónida! Te jactas de ser el más sagaz de todos, y te alegras de haber robado el fuego y engañado mi ánimo, pero eso os servirá de desgracia a ti y a los demás. En sustitución de ese fuego, enviaré a los hombres un nuevo mal, al que ellos, sin embargo, mirarán complacidos y amorosos».

Dijo así el padre de los dioses y de los hombres y echóse a reír. Luego mandó al ilustre Hefesto que mezclase al punto la tierra con el agua, y que formara de la pasta una hermosa virgen semejante a las diosas inmortales, a las que daría voz y fuerzas de ser humano. Ordenó también a Atenea que le enseñase las labores de mujer y el tejido del lienzo de mil colores.

Y a Afrodita de oro, que ungiera su frente de la gracia, y le comunicara el deseo doloroso, a la par que la inquietud que destroza los miembros. Asimismo a Hermeas, el mensajero, matador de Argos, mandóle inspirar a la bella virgen la impudicia y desenfreno en las costumbres.

Todos obedecieron semejantes órdenes de Zeus, el Crónida. Modeló al punto el ilustre Cojo de ambos pies, conforme a lo prescrito, la forma de una casta virgen, y en seguida la vistió y adornó Atenea, la diosa de los ojos claros. Las Gracias divinas y la venerable Pito colgaron luego de su cuello ricos collares de oro.

Las Horas de hermosos cabellos dispusieron para la recién creada guirnaldas de flores primaverales. Palas Atenea completó sus adornos. Y el Mensajero matador de Argos puso dentro de ella embustes, halagos y perfidias, tal como lo había dispuesto el tronitonante Zeus.

Luego, el heraldo de los dioses le otorgó la palabra, y dio a semejante mujer el nombre de Pandora, porque todos los habitantes del Olimpo habíanle hecho su don cada cual, con objeto de convertirla en azote de los hombres mortales. Una vez concluida esta desdichada obra, el padre de los dioses en vió a Epimeteo, con su presente, al ilustre matador de Argos, el veloz mensajero.

Epimeteo no pensó en lo que Prometeo le recomendara: no aceptar presente alguno de Zeus Olímpico y devolvérselos todos, si quería evitar una desgracia a los mortales. Así es que aceptó el don que se le ofrecía, no comprendiendo su error, hasta después de sufrir el daño.

Antes de eso, la raza humana vivía en la tierra al amparo y abrigo de todo mal, de la fatiga y de las dolorosas enfermedades que traen la muerte a los hombres. Pero aquella mujer, levantando con sus propias manos la ancha tapa del recipiente que contenía, derramó sobre los hombres las más horribles miserias.

Sólo la Esperanza se quedó en el recipiente, como en el interior de una prisión infranqueable, sin rebasar los bordes, y no salió fuera porque Zeus, el amontonador de nubes y que lleva la

égida, había ordenado ya a Pandora que cerrase nuevamente su caja.

Desde entonces vagan las innúmeras desdichas por entre los hombres, y están llenos de males la tierra y el mar. Unas de día y otras de noche, las enfermedades se dedican a visitar a los mortales, llevándoles sin ruido todo sufrimiento, porque el próvido Zeus les negó la palabra. Y nadie cuenta con medios para escapar a los designios de Zeus.

TEXTOS DE PLATÓN SOBRE LA ATLÁNTIDA
TIMEO

[21-e] «Hay en Egipto, dijo Solón, en el Delta, hacia cuyo extremo final el curso del río se divide, un cierto nomo llamado Saítico, cuya principal ciudad es Sais. De allí era el rey Amasis. Los naturales de esta ciudad creen que la fundó una diosa: en lengua egipcia su nombre es Neith, pero en griego, según ellos dicen, es Atenea. Esas gentes son muy amigas de los atenienses y afirman ser de alguna manera parientes suyos. Solón contó que, una vez llegado allí, adquirió entre ellos una [22]gran consideración y que, habiendo interrogado un día a los sacerdotes más sabios en estas cuestiones acerca de las tradiciones antiguas, había descubierto que ni él mismo, ni otro griego alguno, había sabido de ello prácticamente nada. Y una vez, queriéndoles inducir a hablar de cosas antiguas, se puso él a contarles lo que aquí sabemos como más antiguo. Les habló de Foroneo, ese a quién se llama el primer hombre, de Niobe, del diluvio de Deucalión, de Pyrra de los mitos [22-b]que se cuentan acerca de su nacimiento, y de las genealogías de sus descendientes. Y se esforzó por calcular la fecha, recordando los años en que ocurrieron esos acontecimientos.

Pero uno de los sacerdotes, ya muy viejo, le dijo: «-¡Solón, Solón, vosotros los griegos sois siempre niños: ¡un griego nunca es viejo!» A lo que replicó Solón: «¿Cómo dices ésto?»; y el sacerdote: -«Vosotros sois todos jóvenes en lo que a vuestra alma respecta. Porque no guardáis en ella ninguna opinión antigua, procedente de una vieja tradición, ni tenéis ninguna ciencia 22-c encanecida por el tiempo. Y esta es la razón de ello. Los hombres han sido destruidos y lo serán aun de muchas maneras. Por obra del fuego y del agua tuvieron lugar las más graves destrucciones. Pero también las ha habido menores, ocurridas de millares de formas diversas. Pues, eso que también se cuenta entre vosotros de que, cierta vez, Faetón, hijo de Helios, habiendo uncido el carro de su padre, pero incapaz de dirigirlo por el camino que seguía su padre, incendió cuanto 22-d había sobre la tierra y pereció el mismo, herido

por un rayo, se cuenta en forma de leyenda. La verdad es ésta: a veces en los cuerpos que dan vueltas al cielo, en torno a la tierra se produce una desviación o paralaje. Y con intervalos de tiempo muy espaciados, todo lo que hay sobre la tierra muere por la superabundancia del fuego. Entonces, todos los que habitan sobre las montañas, en los lugares elevados y en los que son secos, mueren, más que los que viven en lugares cercanos a los ríos y al mar. A nosotros, en cambio, el Nilo, nuestro salvador, igual que en otras circunstancias nos preserva también en esta calamidad, desbordándose. Por el contrario, otras veces, cuando los dioses purifican la tierra por medio de las aguas y la inundan, sólo se salvan los boyeros y los pastores en las montañas, mientras que los habitantes de las ciudades que hay entre vosotros [22-c]son arrastrados al mar por los ríos. En este país, en cambio, ni entonces, ni en los demás casos descienden las aguas desde las alturas a las llanuras, sino que siempre manan naturalmente de debajo tierra. Por este motivo, se dice, ocurre que se hayan conservado aquí las tradiciones más antiguas. Sin embargo la verdad es que, en todos los lugares en que ni un frío excesivo, ni un calor abrasador, puede hacer perecer la raza humana, 23 siempre existe ésta, unas veces más numerosa, otras veces menos. Y por eso, si se ha realizado alguna cosa bella, grande o digna de nota en cualquier otro aspecto, bien sea entre vosotros, bien aquí mismo, bien en cualquier otro lugar de que hayamos oído hablar, todo se encuentra aquí por escrito en los templos desde la antigüedad y se ha salvado así la memoria de ello. Pero, entre vosotros y entre las demás gentes, siempre que las cosas se hallan ya un poco organizadas en lo que toca a la recensión escrita y a todo lo demás que es necesario a los Estados, he ahí que nuevamente, a intervalos regulares, como si fuera una enfermedad, las olas de cielo se echan sobre vosotros y no dejan sobrevivir de entre vosotros más que a gentes sin cultura e ignorantes. [23-b]Y así vosotros volvéis a ser nuevamente jóvenes, sin conocer nada de lo que ha ocurrido aquí, ni entre vosotros, ni en los tiempos antiguos. Pues estas genealogías que acabas de citar, ¡oh Solón!, o que al menos acabas de reseñar aludiendo a los acontecimientos que han tenido lugar entre vosotros, se diferencian muy poco de los

cuentos de niños. En principio, vosotros no recordáis más que un diluvio terrestre siendo así que anteriormente ha habido ya muchos de esos. Luego tampoco sabéis que la raza mejor y la más bella entre los humanos ha nacido en vuestro país, ni sabéis que vosotros y toda vuestra ciudad descendéis de esos hombres, 23-c por haberse conservado un reducido número de ellos como semilla. Lo ignoráis porque, durante numerosas generaciones, han muerto los supervivientes, sin haber sido capaces de expresarse por escrito. Sí Solón; hubo un tiempo, antes de la mayor de las destrucciones de las aguas, en que la ciudad que hoy en día es la de los atenienses, era entre todas la mejor en la guerra y de manera especial la más civilizada en todos aspectos. Se cuenta que en ella se llevaron a cabo las más bellas hazañas; allí hubo las más bellas realizaciones 23-d Apolíticas de entre todas aquellas de que oímos hablar bajo el cielo.»

Habiendo oído esto, Solón dijo que se quedaba sorprendido y, lleno de curiosidad, rogó a los sacerdotes que le contaran exactamente y por orden toda la historia de sus conciudadanos de otros tiempos.

El sacerdote respondió: «No voy a emplear ninguna clase de reticencia, sino que en tu gracia, ¡oh Solón!, en la de vuestra ciudad y más aún en gracia de la diosa que ha protegido, educado e instruido vuestra ciudad y la nuestra, os la voy a contar.

24-d Numerosas y grandes fueron vuestras hazañas y las de vuestra ciudad: aquí están escritas y causan admiración. Pero, sobre todo, hay una que aventaja a las otras en grandiosidad y heroísmo. En efecto nuestros escritos cuentan de qué manera vuestra ciudad aniquiló, hace ya tiempo, un poder insolente que invadía a la vez toda Europa y toda Asia y se lanzaba sobre ellas desde el fondo del mar Atlántico

En aquel tiempo, en efecto, era posible atravesar este mar. Había una isla delante de este lugar que llamáis vosotros las columnas de Hércules. Esta isla era mayor que la Libia y el Asia unidas. Y los viajeros de aquellos tiempos podían pasar de esa isla [25]a las demás islas y desde estas islas podían ganar todo el continente, en la costa opuesta de este mar que merecía realmente su nombre. Pues, en uno de los lados, dentro de este estrecho de que hablamos,

parece que no había más que un puerto de boca muy cerrada y que, del otro lado, hacia afuera, existe este verdadero mar y la tierra que lo rodea, a la que se puede llamar realmente un continente, en el sentido propio del término. Ahora bien, en esta isla Atlántida, unos reyes habían formado un imperio grande y maravilloso. Este imperio era señor de la isla entera y también de muchas otras islas y partes 25~ bdel continente. Por lo demás, en la parte vecina a nosotros, poseía la Libia hasta Egipto y la Europa hasta la Tirrenia. Ahora bien, esa potencia, concentrando una vez todas sus fuerzas, intentó, en una sola expedición, sojuzgar vuestro país y el nuestro, y todos los que se hallan a esta parte de acá del estrecho. Fue entonces, ¡oh Solón!, cuando la fuerza de vuestra ciudad hizo brillar á los ojos de todos su heroísmo y su energía. Ella, en efecto, aventajó a todas las demás por su 25-c fortaleza de alma y por su espíritu militar. Primero a la cabeza de todos los helenos, sola luego por necesidad, abandonada por los demás, al borde de peligros máximos, venció a los invasores, se alzó con la victoria, preservó de la esclavitud a los que no habían sido nunca esclavos y, sin rencores de ninguna clase, liberó a todos los demás pueblos y a nosotros mismos que habitamos al interior de las columnas de Hércules. Pero, en el tiempo subsiguiente, hubo terribles temblores de tierra y cataclismos. Durante un día y una noche horribles, 25-dltodo vuestro ejército fue tragado de golpe por la tierra, y asimismo la isla Atlántida se abismó en el mar y desapareció. He aquí por qué todavía hoy ese mar de allí es difícil e inexplorable, debido a sus fondos limosos y muy bajos que la isla, al hundirse, ha dejado.»

Habéis oído, brevemente, Sócrates, lo que contara el viejo Critias, según lo había él recibido de Solón.

CRITIAS

io8-e Ante todo, recordemos lo esencial. Han transcurrido en total nueve mil años desde que estalló la guerra, según se dice, entre los pueblos que habitaban más allá de las Columnas de Hércules y los que habitaban al interior de las mismas. Esta guerra es lo que

hemos de referir ahora desde su comienzo a su fin. De la parte de acá, como hemos dicho, esta ciudad era la que tenía la hegemonía y ella fue quien sostuvo la guerra desde su comienzo a su terminación. Por la otra parte, el mando de esta guerra estaba en manos de los reyes de la isla Atlántida. Esta isla, como ya hemos dicho, era entonces mayor que la Libia y el Asia juntas. Hoy en día, sumergida ya por temblores de tierra, no queda de ella más que un fondo limoso infranqueable, 109 difícil obstáculo para los navegantes que hacen sus singladuras desde aquí hacia el gran mar. Los numerosos pueblos bárbaros, así como las poblaciones helenas existentes entonces, irán apareciendo sucesivamente a medida que se irá desarrollando el hilo de mi exposición y se los irá encontrando por su orden. Pero los atenienses de entonces y los enemigos a quienes ellos combatieron, es menester que os los presente al comienzo.

112-[e] Vamos a daros a conocer ahora las características de sus adversarios y cuál era su originaria manera de ser natural, en orden a que no sean comunes estos conocimientos, como amigos que somos, si, como esperamos, no hemos perdido el recuerdo de lo que oímos contar en nuestra infancia.117[3]Y en primer lugar he de advertiros en una palabra, antes de comenzar mi explicación, que no os ha de sorprender el que me oigáis dar con frecuencia nombres griegos a gentes bárbaras. Ved cuál es la causa de ello. Solón, al querer utilizar esa narración en sus poemas, preguntó cuál era el sentido de estos nombres. Y descubrió que los egipcios, que habían sido los primeros en escribir esta historia, los habían transcrito en su idioma. El mismo, habiendo vuelto a encontrar el significado de cada nombre, los volvió a traducir por segunda vez a nuestra lengua, para escribirlos.[113b] Ahora bien, los manuscritos mismos de Solón estaban en mi casa y yo los he estudiado mucho en mi juventud. Cuando, pues, oigáis nombres parecidos a los que escuchan entre nosotros, no os sorprendáis de ello: conocéis ya la razón por la que es así. He ahí ahora cuál era aproximadamente el comienzo de este largo relato.

Según se ha dicho ya anteriormente, al hablar de cómo los dioses habían recurrido a echar a suertes la tierra entre ellos,

dividieron toda la tierra en 113-c Apartes, mayores en una, menores en otras. Y ellos instituyeron allí, en su propio honor, cultos y sacrificios. Según esto, Poseidón, habiendo recibido como heredad la isla Atlántida, instaló en cierto lugar de dicha isla los hijos que había engendrado él de una mujer mortal. Cerca del mar, pero a la altura del centro de toda la isla, había una llanura, la más bella según dice de todas las llanuras y la más fértil. Y cercana a la llanura, distante de su centro como unos cincuenta estadios, había una montaña que tenía en todas sus partes una altura mediana. En esta montaña habitaba entonces un hombre de los que en aquel país habían nacido originariamente de la tierra. Se llamaba Evenor y 113-d vivía con una mujer llamada Leucippa. Tuvieron una hija única, Clito. La muchacha tenía ya la edad nubil cuando murieron su padre y su madre. Poseidón la deseó y se unió a ella. Entonces el Dios fortificó y aisló circularmente la altura en que ella vivía. Con este fin, hizo recintos de mar y de tierra, grandes y pequeños, unos en torno a otros. Hizo dos de tierra, tres de mar y, por así decir, los redondeó, comenzando por el centro de la isla, del que esos recintos distaban en todas 11[3-c]partes una distancia igual. De esta manera resultaban infranqueables para los hombres, pues en aquel entonces no había aún navios ni se conocía la navegación. El mismo Poseidón embelleció la isla central, cosa que no le costó nada, siendo como era Dios. Hizo brotar de bajo tierra dos fuentes de agua, una caliente, otra fría, e hizo nacer sobre la tierra plantas nutritivas de toda clase, en cantidad suficiente. Allí engendró y educó él cinco generaciones de hijos varones y mellizos. Dividió toda la isla Atlántida en ""diez partes. Al primogénito de los dos más viejos, le asignó la morada de su madre y la parcela de tierra de su contorno, que era la más extensa y la mejor. Lo estableció en calidad de rey sobre todos los demás. A estos les hizo príncipes vasallos de aquél y a cada uno de ellos le dio autoridad sobre un gran número de hombres y sobre un extenso territorio. Les impuso nombres a todos: el más viejo, el rey, recibió el nombre que sirvió para designar la isla entera y el mar llamado Atlántico, ya que el nombre del primer rey que reinó [114-b]entonces fue Atlas. Su hermano mellizo, nacido después de él, obtuvo en heredad la parte

extrema de la isla, por la parte de las columnas de Hércules, frente a la región llamada hoy día Gadírica, según este lugar: se llamaba, en griego, Eumelos y, en lengua del país, Gadiros. Y el nombre que se le dio se convirtió en el nombre del país. Luego, de los que nacieron en la segunda generación, llamó a uno Amferes y al otro Evaimon. [114c]En la tercera generación, el nombre del primogénito fue Mneseas, y el del segundo fue Autóctono. De los de la cuarta generación, llamó Elasippo al primero y Mestor al segundo. Y en la quinta, el que nació primero recibió el nombre de Azaes, y el que nació luego el de Diaprepés. Todos estos príncipes y sus descendientes habitaron el país durante numerosas generaciones. Eran también señores de una gran multitud de otras islas en el mar y, además, como ya se ha dicho,114-d reinaban también en las regiones interiores, de la parte de acá de las columnas de Hércules, hasta Egipto y Tirrenia. De esta forma nació de Atlas una raza numerosa y cargada de honores. Siempre era rey el más viejo y él transmitía su realeza al primogénito de sus hijos. De esta forma conservaron el poder durante numerosas generaciones.

Habían adquirido riquezas en tal abundancia, que nunca sin duda antes de ellos ninguna casa real las poseyera semejantes, y como ellos ninguna las poseerá probablemente en lo futuro. Ellos disponían de todo lo que podía proporcionar la misma ciudad y asimismo el resto [114-c]del país. Pues, si es verdad que les venían de fuera multitud de recursos a causa de su imperio, la mayor parte de los que son necesarios para la vida se los proporcionaba la isla misma. En primer lugar, todos los metales duros o maleables que se pueden extraer de las minas. Primero aquél del que tan sólo conocemos el nombre, pero del que entonces existía, además del nombre, la substancia misma, el oricalco. Era extraído de la tierra en diversos lugares de la isla: era, luego del oro, el más precioso de los metales que existían en aquel tiempo. Análogamente, todo lo que el bosque puede dar en materiales adecuados para el trabajo de carpinteros y ebanistas, la isla lo proveía con prodigalidad. Asimismo ella nutría con abundancia todos los animales domésticos o salvajes. Incluso la especie misma de los elefantes se hallaba allí ampliamente represen-

tada. 115 En efecto, no solamente abundaba el pasto para todas las demás especies, las que viven en los lagos, los pantanos y los nos, las que pacen en las montañas y en las llanuras, sino que rebosaba alimentos para todas, incluso para el elefante, el mayor y el más voraz de los animales. Por lo demás, todas las esencias aromáticas que aún ahora nutre el suelo, en cualquier lugar, raíces, brotes y maderas de los árboles, resinas que destilan de las flores o los frutos, las producía entonces la tierra y las hacia prosperar. Daba también los frutos cultivados y las semillas que han sido hechas para alimentarnos y de las que nosotros sacamos las harinas -sus diversas variedades las llamamos nosotros cereales-.115b Ella producía ese fruto leñoso, que nos provee a la vez de bebidas, de alimentos y de perfumes, ese fruto escamoso y de difícil conservación, hecho para instruirnos y para entretenemos, el que nosotros ofrecemos, luego de la comida de la tarde, para disipar la pesadez del estómago y solazar al invitado cansado. Sí, todos esos frutos, la isla, que estaba entonces iluminada por el sol, los daba vigorosos, soberbios, magníficos, en cantidades inagotables.

Así pues, recogiendo en su suelo todas estas riquezas, 115c los habitantes de la Atlántida construyeron los templos, los palacios de los reyes, los puertos, los arsenales, y embellecieron así todo el resto del país en el orden siguiente.

Sobre los brazos circulares del mar que rodeaban la antigua ciudad materna, construyeron al comienzo puentes y abrieron así un camino hacia el exterior y hacia la morada real. Este palacio de los reyes lo habían levantado desde el comienzo en la misma morada del Dios y sus antepasados. Cada soberano recibía el palacio de su antecesor, y embellecía a su vez lo que éste 115-d había embellecido. Procuraba siempre sobrepasarle en la medida en que podía, hasta el punto de que quien veía el palacio quedaba sobrecogido de sorpresa ante la grandeza y la belleza de la obra.

Comenzando por el mar, hicieron un canal de tres plethros de ancho, cien pies de profundidad y cincuenta estadios de longitud, y lo hicieron llegar hasta el brazo de mar circular más exterior de todos. De esta manera dispusieron una entrada a los navios venidos de alta

mar, como si fuera un puerto. Practicaron en ella una bocana suficiente para que los mayores navios pudieran también entrar en el canal. Luego, también en los 115-c recintos de tierra que separaban los círculos de agua, abrieron pasadizos a la altura de los puentes, de tal tipo que sólo pudiera pasar de un círculo a otro una sola trirreme, y techaron estos pasadizos, de manera que la navegación era subterránea, pues los parapetos de los círculos de tierra se elevaban suficientemente por encima del mar.

El mayor de los recintos de agua, aquél en que penetraba el mar, tenía tres estadios de ancho, y el recinto de tierra que le seguía tenía una anchura igual. En el segundo círculo, la cinta de agua tenía dos estadios de ancho y la de tierra tenía aún una anchura igual a ésta. Pero, la cinta de agua que rodeaba inmediatamente a la isla central, no tenía más que un estadio de anchura.1[16]La isla, en la que se hallaba el palacio de los reyes, tenía un diámetro de cinco estadios. Ahora bien, la isla, los recintos y el puente que tenía una anchura de un plethro, los rodearon totalmente con un muro circular de piedra. Pusieron torres y puertas sobre los puentes, en todos los lugares por donde pasaba el mar. Sacaron la piedra necesaria de debajo de la periferia de la isla central y de debajo de los recintos, tanto al exterior como al interior.116[b]Había piedra blanca, negra y roja. Y, al mismo tiempo que extraían la piedra, vaciaron dentro de la isla dos dársenas para navios, con la misma roca como techumbre. Entre las construcciones unas eran enteramente simples; en otras, entremezclaron las diversas clases de piedra y variaron los colores para agradar a la vista, y les dieron así una apariencia naturalmente agradable. El muro que rodeaba el recinto más exterior, lo revistieron de cobre en todo su perímetro circular, como si hubiera sido untado con alguna pintura. 116c Recubrieron de estaño fundido el recinto interior, y el que rodeaba a la misma Acrópolis lo cubrieron de oricalco, que tenía reflejos de fuego.

El palacio real, situado dentro de la Acrópolis, tenía la disposición siguiente. En medio de la Acrópolis se levantaba el templo consagrado en este mismo sitio a Clito y Poseidón. Estaba prohibido el acceso a él y hallábase rodeado de una cerca de oro. Allí era donde

Poseidón y Clito, al comienzo, habían concebido y dado a luz la raza de los diez jefes de las dinastías reales. Allí se acudía, cada año, desde las diez provincias del país, a ofrecer a cada uno de los dioses los sacrificios propios de la estación.

116d Santuario mismo de Poseidón tenía un estadio de longitud, tres plethros de ancho y una altura proporcionada. Su apariencia tenía algo de bárbaro. Ellos habían revestido de plata todo el exterior del santuario, excepto las aristas de la viga maestra: estas aristas eran de oro. En el interior estaba todo cubierto de marfil, y adornado en todas partes de oro, plata y oricalco. Todo lo demás, los muros, las columnas y el pavimento, lo adornaron con oricalco. Colocaron allí estatuas de oro: el Dios de pie sobre su carro enganchado a seis caballos [116c]alados, y era tan grande que la punta de su cabeza tocaba el techo. En círculo, en torno a él, cien Nereidas sobre delfines -ése era el número de las Nereidas, según se creía entonces-. También había en el interior gran número de estatuas ofrecidas por particulares. En torno al santuario, por la parte exterior, se levantaban, en oro, las efigies de todas las mujeres de los diez reyes y de todos los descendientes que habían engendrado, y asimismo otras numerosas estatuas votivas de reyes y particulares, originarias de la misma ciudad, o de los países [117]de fuera sobre los que ella extendía su soberanía. Por sus dimensiones y por su trabajo, el altar estaba a la altura de este esplendor, y el palacio real no desdecía de la grandeza del imperio y de la riqueza del ornato del santuario.

Por lo que respecta a las fuentes, la de agua fría y la de agua caliente, las dos de una abundancia generosa y maravillosamente adecuadas al uso por lo agradable y por las virtudes de sus aguas, las utilizaban, disponiendo en torno a ellas construcciones y plantaciones adecuadas a la naturaleza misma de las aguas. 11[7b]En todo su derredor instalaron estanques o piscinas, unos al aire libre y otros cubiertos, destinados éstos a los baños calientes en invierno: existían separadamente los baños reales y los de los particulares, otros para las mujeres, para los caballos y las demás bestias de carga, y cada uno poseía una decoración adecuada. El agua que procedía de aquí la condujeron al bosque sagrado de Poseidón. Este bosque, gracias a la

calidad de la tierra, tenía árboles de todas las especies, de una belleza y una altura divinas. Desde ahí hicieron derivar el agua hacia lo recintos de mar exteriores, por medio de 117c canalizaciones instala das siguiendo lo largo de los puentes. Por esta parte se hablar edificado numerosos templos dedicados a muchos dioses, gran número de jardines, y gran número de gimnasios para los hombres y de picaderos para los caballos. Estos últimos se habían construido aparte en las islas anulares, formadas por cada uno de los recintos. Además, hacia el centro de la isla mayor, habían reservado un picadero para las carreras de caballos; tenía un estadio de ancho y suficiente longitud para permitir a los caballos que, en la carrera, recorrieran el circuito completo del recinto. En todo el perímetro, de un extremo al otro, había cuarteles para 117d casi todo el efectivo de la guardia del príncipe. Los cuerpos de tropa más seguros estaban acuartelados en el recinto más pequeño, el más próximo a la Acrópolis. Y para los que se señalaban entre todos por su fidelidad, se habían dispuesto alojamientos en el interior. Los arsenales estaban llenos de trirremes y poseían todos los aparejos necesarios para armarlas; todo estaba estibado en un orden perfecto. Véase de qué forma estaba todo dispuesto en torno a la morada de los reyes.

Al atravesar los puertos exteriores, en número de tres, [117' e]había una muralla circular que comenzaba en el mar y distaba constantemente cincuenta estadios del recinto más extenso. Esta muralla acababa por cerrarse sobre sí misma en la garganta del canal que se abría por el lado del mar. Estaba totalmente cubierta de casas en gran número y apretadas unas contra otras. El canal y el puerto principal rebosaban de barcos y mercaderes venidos de todas partes. La muchedumbre producía allí, de día y de noche, un continuo alboroto de voces, un tumulto incesante y diverso.

Sobre la ciudad y sobre la antigua morada de los reyes, lo que acabamos de contar es prácticamente todo lo que la tradición nos conserva. Vamos a intentar ahora recordar cuál era la disposición del resto del país y de qué manera estaba organizado.1[18]En primer lugar, todo el territorio estaba levantado, según se dice, y se erguía junto al mar cortado a pico. Pero, en cambio, todo el terreno en torno a la

ciudad era llano. Esta llanura rodeaba la ciudad, y ella misma a su vez estaba cercada de montañas que se prolongaban hasta el mar. Era plana, de nivel uniforme, oblonga en su conjunto;118b media, desde el mar que se hallaba abajo, tres mil estadios en los lados y dos mil en el centro. Esta región, en toda la isla, estaba orientada de cara al sur, al abrigo de los vientos del norte. Muy alabadas eran las montañas que la cercaban, las cuales en número, en grandeza y en belleza aventajaban a todas las que existen actualmente. En estas montañas había numerosas villas muy pobladas, nos, lagos, praderas capaces de alimentar a gran número de animales salvajes o domésticos, bosques en tal cantidad y substancias tan diversas que proporcionaban abundantemente materiales propios para todos los trabajos posibles.

Ahora bien, esta llanura, por acción conjunta y 118c simultánea de la naturaleza y de las obras que realizaran en ella muchos reyes, durante un periodo muy largo había sido dispuesta de la manera siguiente. He dicho ya que tenía la forma de un cuadrilátero, de lados casi rectilíneos y alargado. En los puntos en que los lados se apartaban de la línea recta, se había corregido esta irregularidad cavando el foso continuo que rodeaba a la llanura. En cuanto a la profundidad, anchura y desarrollo de este foso, resulta difícil de creer lo que se dice y que una obra hecha por manos de hombres haya podido tener, comparada con otros trabajos del mismo tipo, las dimensiones de aquélla. No obstante, hemos de repetir lo que hemos oído contar. El foso fue excavado a un plethro de profundidad; su anchura era 118d en todas partes de un estadio y, puesto que había sido excavado en torno a toda la llanura, su longitud era de diez mil estadios. Recibía las corrientes de agua que descendían de las montañas, daba la vuelta a la llanura, volvía por una y otra parte a la ciudad y, por allí, iba a vaciarse al mar. Desde la parte alta de este foso, unos canales rectilíneos, de una longitud aproximada de cien pies, cortados en la llanura, iban luego a unirse al foso, cerca ya del mar. Cada uno de ellos distaba de los otros 118e cien estadios. Para el acarreo a la ciudad de la madera de las montañas y para transportar por barca los demás productos de la tierra, se habían excavado, a

partir de esos canales, otras derivaciones navegables, en direcciones oblicuas entre sí y respecto de la ciudad. Hay que hacer notar que lo; habitantes cosechaban dos veces al año los productos de la tierra: en invierno utilizaban las aguas del cielo; en verano, las que daba te tierra dirigiendo sus corrientes fuera de los canales.

Respecto a los hombres de la llanura buenos para la guerra y sobre el número en que se tenía estos, hay que decir esto: se había determinado que cada distrito 119 proporcionaría un jefe de destacamento. El tamaño del distrito era de diez estadios por diez, y en total había seis miríadas de ellos. Los habitantes de las montañas y del resto del país sumaban, según se decía, un número inmenso, y todos, según los emplazamientos y los poblados, habían sido repartidos entre los distritos y puestos bajo el mando de sus jefes.

Estaba mandado que cada jefe de destacamento proporcionaría para la guerra una sexta parte de carros de combate, hasta reunir diez mil carros; dos caballos y sus caballeros, además un tiro de dos caballos, sin [119b]carro, junto con un combatiente llevado, armado de un pequeño escudo, y el combatiente montado encargado de gobernar a los dos caballos, dos hoplitas, dos arqueros, dos honderos, tres infantes ligeros armados de ballestas, otros tres armados de dardos y, finalmente, cuatro marinos, para formar en total la dotación de mil doscientos navios. Esa era la organización militar de la ciudad real. En cuanto a las otras nueve provincias, cada una tenía su propia organización militar, y sería necesario un tiempo demasiado largo para explicarlas.

119c En cuanto a la autoridad y los cargos públicos, se organizaron desde el comienzo de la siguiente manera. De los diez reyes, cada uno ejercía el poder en la parte que le tocaba por herencia y, dentro de su ciudad, gobernaba a los ciudadanos, hacía la mayoría de las leyes, y podía castigar y condenar a muerte a quien quería. Pero, la autoridad de unos reyes sobre los otros y sus mutuas relaciones estaban reguladas según los decretos de Poseidón. La tradición se lo imponía, así 11[9d]como una inscripción grabada por los primeros reyes sobre una columna de

oricalco, que se hallaba en el centro de la isla, en el templo de Poseidón.

Allí se reunían los reyes periódicamente, unas veces cada cinco años, otras veces cada seis, haciendo alternar regularmente los años pares y los años impares. En estas reuniones deliberaban sobre los negocios comunes, y decidían si alguno de ellos había cometido alguna infracción de sus deberes y lo juzgaban. Cuando habían de aplicar la justicia, primero se juraban fidelidad mutua de la manera que sigue. Se soltaban toros en el recinto sagrado de Poseidón. Los diez reyes, dejados a solas, luego de haber rogado al Dios que les hiciera capturar la víctima que le había de ser agradable,119e se ponían a cazar, sin armas de hierro, solamente con venablos de madera y con cuerdas. Al toro que cazaban lo llevaban a la columna y lo degollaban en su vértice, como estaba prescrito. Sobre la columna, además de las leyes, estaba grabado el texto de un juramento que profería los peores y más terribles anatemas contra el que lo violara. Así pues, luego de haber realizado [120O]el sacrificio de conformidad con sus leyes y de haber consagrado todas las partes del toro, llenaban de sangre una crátera y rociaban con un cuajaron de esta sangre a cada uno de ellos. El resto lo echaban al fuego, luego de haber hecho purificaciones en torno a toda la columna. Inmediatamente, sacando sangre de la crátera con copas de oro, y derramándola en el fuego, juraban juzgar de conformidad con las leyes escritas en la columna, castigar a quienquiera las hubiera violado anteriormente, no quebrantar en lo futuro conscientemente [120b]ninguna de las fórmulas de la inscripción, y no mandar ni obedecer más que de acuerdo con las leyes de su padre. Todos tomaban este compromiso para sí y para toda su descendencia. Luego cada uno bebía la sangre y depositaba la copa, como un exvoto, en el santuario del Dios. Después de lo cual cenaban y se entregaban a otras ocupaciones necesarias.

Cuando llegaba la oscuridad y se había ya enfriado el fuego de los sacrificios, se vestían todos con unas túnicas muy bellas de azul oscuro y se sentaban en [120c]tierra, en las cenizas de su sacrificio sagrado. Entonces, por la noche, luego de haber apagado todas las

luces en torno al santuario, juzgaban y eran juzgados, si alguno de entre ellos acusaba a otro de haber delinquido en algo. Hecha justicia, grababan las sentencias, al llegar el día, sobre una tablilla de oro, que ellos consagraban como recuerdo, lo mismo que sus ropas.

Por lo demás, había otras muchas leyes especiales sobre las atribuciones propias de cada uno de los reyes. Las más notables eran: no tomar las armas unos contra otros, socorrerse todos entre sí, si uno de ellos había intentado expulsar de una ciudad cualquiera una de las [120-d]razas reales, deliberar en común, como sus antepasados, cambiar sus consejos en cuestiones de guerra y otros negocios orientándose mutuamente, dejando siempre la hegemonía a la raza de Atlas. Un rey no podía dar muerte a ninguno de los de su raza, si éste no era el parecer de más de la mitad de los diez reyes.

Ahora bien, el poder que existía entonces en aquel país, con su inmensa calidad y su grandeza, el Dios lo dirigió contra nuestras regiones, por lo que se cuenta, y por alguna razón del tipo de la que vamos a dar aquí.

[121]Durante numerosas generaciones y en la medida en que estuvo sobre ellos la naturaleza del Dios dominándolo todo, los reyes atendieron a las leyes y permanecieron ligados al principio divino, con el que estaban emparentados. Sus pensamientos eran verdaderos y grandes en todo; ellos hacían uso de la bondad y también del juicio y sensatez en los acontecimientos que se presentaban, y eso unos respecto de otros. Por eso, despegados de todo aquello que no fuera la virtud, hacían ellos poco caso de sus bienes: llevaban como una carga el peso de su oro y de sus demás riquezas, sin dejarse embriagar por el exceso de su fortuna, no perdían el dominio de sí mismos y caminaban con rectitud. Con una clarividencia aguda y lúcida, veían ellos que todas estas ventajas se ven aumentadas con el mutuo afecto unido a la virtud y que, por el contrario, el afán excesivo de estos bienes y la estima que se tiene de ellos hacen perder esos mismos bienes, y que la virtud muere asimismo con ellos. De acuerdo con estos razonamientos y gracias a la constante presencia entre ellos del principio divino, no dejaban de aumentar en provecho de ellos todos

estos bienes que hemos ya enumerado. Pero, cuando comenzó a disminuir en ellos ese principio divino, como consecuencia del cruce repetido con [12lb]numerosos elementos mortales, es decir, cuando comenzó adominaren ellos el carácter humano, entonces, incapaces ya de soportar su prosperidad presente, cayeron en la independencia. Se mostraron repugnantes a los hombres clarividentes, porque habían dejado perder los más bellos de entre los bienes más estimables. Por el contrario, para quien no es capaz de discernir bien qué clase de vida contribuye verdaderamente a la felicidad, fue entonces precisamente cuando parecieron ser realmente bellos y dichosos, poseídos como estaban de una avidez injusta y de un poder sin limites. Y el Dios de los dioses, Zeus, que reina con las leyes y que, ciertamente, tenía poder para conocer todos estos hechos, comprendió qué disposiciones y actitudes despreciables tomaba esa raza, que había tenido un carácter primitivo tan excelente. Y quiso aplicar un castigo, para hacerles reflexionar y llevarlos a una mayor moderación. Con [121c]este fin, reunió él a todos los dioses en su mansión más noble y bella: ésta se halla situada en el centro del Universo y puede ver desde lo alto todo aquello que participa del devenir. Y, habiéndolos reunido, les dijo:

(El texto original de Platón finaliza aquí)